



No llores por Tanja, Colombia

Mujeres en el conflicto armado

Mauricio Rubio

Abril de 2013

Fundación **Ideas para la paz**

No llores por Tanja, Colombia

Mujeres en el conflicto armado

Mauricio Rubio
Universidad Externado de Colombia

Bogotá, Abril de 2013
Serie Working papers FIP No. 12

Contenido

	No llores por Tanja, Colombia
	Mujeres en el conflicto armado
5	Sin mujeres en la mesa de negociación
7	Olvidaron a Tania la Guerrillera
8	El entorno de las rebeldes y el de las campesinas
10	Separarse de los padres o huir del padrastro
11	De las universitarias antisistema a las niñas desescolarizadas
13	Virgenes para los comandantes y tutora sexual del guerrillerito
16	Adoctrinamiento voluntario y progresivo o forzado y tedioso
19	El reglamento es para las de ruana
21	Bombas en las milicias o en el monte con un pretendiente guerrillero
22	El abismo del postconflicto
23	Cómo empezar una nueva vida
23	Destetarse del conflicto
23	Para ellas será más duro
24	Un trencito camuflado
24	Del cambuche a la casa
25	El deseo de ser madre
26	Reconstruir la feminidad
27	Referencias
28	Anexo 1
28	Principales resultados de la Encuesta a Desmovilizados
28	Antecedentes de la vinculación al grupo
32	Reclutamiento
36	Remuneración económica en el grupo
38	Reuniones políticas e ideológicas
43	Cambios en la actividad sexual
43	Situación laboral y de pareja tras la desmovilización
46	Anexo 2
46	Ficha Técnica Encuesta a Desmovilizados FIP

Sin mujeres en la mesa de negociación

En septiembre del 2012, acompañado de Michelle Bachelet, el presidente Juan Manuel Santos anunció la nueva política de equidad de género. Días después afirmó que las mujeres “participarán activamente en el proceso de paz”. A pesar de los buenos propósitos, el grupo responsable de los diálogos con las FARC en La Habana acabó siendo de puros halcones. Ni una paloma. En el evento político del cuatrenio las mujeres han estado en la retaguardia como simple soporte técnico de un equipo negociador exclusivamente varonil. Con mucha razón, las organizaciones de mujeres han protestado, “paz sin nosotras no es paz”.

Si no hubo inspiración con la filosofía de la ley de cuotas, por lo menos han debido observarse las directivas del Consejo de Seguridad de la ONU para incrementar la participación femenina en todos los niveles de las decisiones conducentes a la solución de conflictos, empezando por la mesa de negociación.

Luego de revisar los documentos de los procesos de desmovilización durante los años noventa, Luz María Londoño y Yoana Nieto concluyen que “en la mesa en que se trama la paz, la voz de las mujeres no parece haber estado presente. Ni su voz ni ellas mismas”. Del total de firmantes, 280 son hombres y sólo 15 mujeres. En los acuerdos con seis grupos insurgentes, no hay sino una mujer guerrillera como signataria. Quienes los suscribieron en representación del gobierno, como veedores o testigos fueron sólo varones.

Parecería vigente el principio enunciado hace unos años por un colombiano experto en diálogos, Alvaro Leyva: “la guerra es entre hombres y las soluciones a la guerra tienen que ser entre hombres”. Ese, precisamente, es uno de los errores que se está repitiendo. De partida, se trata de una gran imprecisión: hace años el conflicto colombiano dejó de ser sólo masculino. Entre las personas desmovilizadas de siete grupos guerrilleros en los años noventa, una de cada cuatro era mujer. En la actualidad se estima que en algunos grupos armados la participación femenina podría estar rondando el 30%.

Hicieron falta negociadoras en la mesa porque la simple presencia femenina hubiera facilitado el proceso. Con razón se ha dicho que un requisito para acordar el fin de una guerra es convencerse de la imposibilidad de ganarla. Un problema esencial de los hombres en las confrontaciones es su terca y visceral pretensión de que serán vencedores. La lógica femenina ante los conflictos es diferente: más que ganarlos se busca evitarlos.

En la encuesta a desmovilizados realizada por la Fundación Ideas para la Paz (FIP) en 2008 (ver anexo 2), es diciente una discrepancia por género. Ante una pregunta sobre si “en algún momento sintió que iban a ganar la guerra” sistemáticamente las mujeres fueron menos optimistas sobre la posibilidad de vencer que los hombres. Entre excombatientes de las guerrillas, ser mujer disminuye casi a la mitad y de forma estadísticamente significativa los chances de haber pensado que podían ganar la guerra. Incluso el impacto del asedio de la fuerza pública es inferior a este nítido *efecto género*.

En un proceso tan cargado de simbolismo hubiera sido útil enviarle a quienes dejan las armas una señal clara sobre los avances de las últimas décadas en la situación de la mujer. Es por ahí que más se añora una figura femenina en el equipo oficial de negociadores.

A pesar de la retórica igualitaria, el camino desde las montañas de Colombia hasta la equidad de género será largo y tortuoso para las mujeres que dejen las armas. Según una excombatiente, “en la guerrilla, más que una mujer muy abeja que sabía pensar, yo sólo les servía para cocinarles, para la hamaca, para llevar a un muerto, para informar los movimientos del enemigo, y tenía que decir que sí y callarme”. Incluso cuando se logra algo de representación política femenina, los roles persisten. Una desmovilizada anota que “en la negociación política (las mujeres) vuelven a la cocina, a hacer la comida y a lavarles la ropa a ellos... A mí que era vocera me desinformaban para que no llegara a las ruedas de prensa”.

Por estas razones incomoda que, empezando con la compañera de *Tirofijo* ante los medios, las FARC le hayan dado más protagonismo a las mujeres que el gobierno. Y el verdadero golazo que anotaron los guerrilleros más viejos del mundo en las negociaciones de Cuba fue Tanja Nijimeijer, la holandesa que sirve de enlace con la prensa internacional. Esta magistral movida de relaciones públicas ya estaba cantada hace varios años tanto por los comandantes del grupo sedicioso como por sus simpatizantes en los medios de comunicación.

En un libro escrito por Gabriel Ángel, un guerrillero urbano de la vieja guardia, se destaca la experiencia de esta mujer proletaria en el campo, que “salvo su acento, nada la distingue de las demás... (es) como un bello botón de muestra de lo que son y representan todas... Alexandra, Holanda como la llamamos con cariñoso deleite nosotros, es una combatiente más de las FARC”. Su única particularidad, según él, es que “da gusto oírle cantar por ahí, siempre a media voz, en holandés, inglés o quizás en qué lengua extranjera”. Se trataría, en síntesis, de una campesina

como las demás, sólo que trilingüe. Ella misma lo confirma: “recuerde que yo también soy campesina. Del campo de Holanda, pero campesina al fin y al cabo”.

Un ex comandante político de las FARC, miembro del frente Cacique La Gaitana y desmovilizado en el 2003, anota que Tanja “representa un instrumento propagandístico muy eficiente que le permitirá a las FARC tratar de lavar su imagen internacional... (Eso) está planificado desde hace más de un año, tiempo en el que Tanja se ha estado preparando”. El mismo observador estima que “para un guerrillero común llegar a esas instancias requiere 20 o más años de vida guerrillera, sin embargo, la publicidad de Tanja previa a estos diálogos consolidó una imagen por lo menos enigmática”, y anota que ella pudo ascender aceleradamente gracias a “su conocimiento del inglés, su nacionalidad, unas veces con su innata capacidad analítica y otras valiéndose de argucias sexuales”.

El ‘Mono Jojoy’ la consideraba una extraordinaria estudiante. “Es una revolucionaria europea, es una internacionalista y a través de ella pueden llegar muchos más, porque la explotación es mundial”. En los archivos digitales de su computador se halló “correspondencia en la que consta que la guerrilla tiene la intención de utilizar a la holandesa para la promoción internacional del movimiento”.

El terreno estaba bien abonado. Uno de los analistas más reputados del conflicto colombiano no tuvo inconveniente en establecer un paralelo entre Tanja e Ingrid Betancourt, ambas envueltas por el conflicto. “Tenían muchas cosas en común. Eran mujeres jóvenes, inteligentes, profesionales y hermosas. Una de origen colombiana tenía la nacionalidad francesa. La otra, nacida en Holanda, deambulaba en las montañas del sur del país como una colombiana más. Ambas ligadas a Europa y a Colombia de una manera profunda. Y lo más importante, compartían una tragedia: la crueldad del conflicto armado que desde hace más de cuatro décadas vive nuestro país”.

No sorprende que en un diálogo con la familia de Tanja hace unos años el periodista Jorge Enrique Botero les anunciara premonitoriamente que “si la paz se logra en una mesa de negociaciones, estoy seguro de que ella estará allí”.

Así, reavivando la nostalgia de los barbudos de la Sierra Maestra y, paradójicamente, gracias a la imagen de una mujer europea, se está logrando pasteurizar ante el mundo la imagen del grupo guerrillero. La estrategia ha dado sus frutos. El titular de una entrevista publicada por *El País* español es dicente: “el Gobierno intenta convertirnos en culpables en vez de en víctimas”. La foto que acompaña el reportaje muestra una Tanja fatigada, “cansada de es-

tar defendiéndome continuamente”, que sólo recupera el ánimo al contar “que entiende mejor el mundo desde que siguió el curso del marxismo que la organización da a todos los guerrilleros” y se muestra entusiasmada “al hablar sobre el contacto con la población”.

Lo más insólito del papel de Tanja como supuesta voz de las mujeres en el conflicto, de esta cara de las FARC como la denomina un periodista argentino, es que encarna la antítesis de las combatientes colombianas de hoy. Se trata más de una réplica caduca de las universitarias seducidas por el M-19, como Vera Grabe o María Eugenia Vásquez, *Emilia*, que volvieron de la lucha armada para dedicarse a la política, o sea, lo mismo que hacían antes de enrolarse.

El hilo conductor de este ensayo es el contraste entre este nuevo e inusitado ícono del conflicto colombiano y las combatientes farianas o elenas contemporáneas, en su gran mayoría de origen campesino. Para ilustrar esa brecha recurriré al ya desproporcionado número de reportajes y entrevistas hechas a Tanja por periodistas nacionales y extranjeros, así como a dos biografías, cuya simple publicación es un buen termómetro de la fascinación que esta figura –el paradigma de la rebelde– despierta en mentes progresistas, sobre todo masculinas.

Ocasionalmente señalaré las no pocas coincidencias existentes entre la holandesa y las rebeldes de otra época, las guerrilleras universitarias del M-19. Tanto Vera Grabe como *Emilia* ya se han hecho cargo de publicar sus memorias. La información disponible sobre las miles de guerrilleras colombianas no es mucho más copiosa ni detallada de la que a la fecha se tiene sobre esta holandesa que es una protagonista atípica tanto en su tierra como en las montañas de Colombia. Para respaldar los testimonios utilizaré análisis de los datos de la mencionada encuesta a desmovilizados realizada por la FIP, cuyos principales resultados se presentan en el anexo.

Olvidaron a Tania la Guerrillera

Si la elección del equivalente femenino y moderno de Robin Hood fue un acierto publicitario, en lo que no atinaron las FARC ni la holandesa fue en el alias de Alexandra, que no inspira mucho. Bastaba con dejar la versión en español de su nombre para una verdadera moñona: la profesora sensible, rebelde y altruista que además hubiera evocado a la audaz espía y compañera de lucha del Che Guevara.

Es probable que a los cubanos mayores el protagonismo de Tanja en La Habana les recuerde a la argentina Haydee Támara Bunke, alias Tania la Guerrillera, famosa rebelde dada de baja en Bolivia pocos meses antes que Ernesto Che Guevara. Nacida en 1937 en Buenos Aires, educada en Alemania Oriental, de donde eran sus padres, Haydee fue una destacada estudiante que hablaba fluidamente español, inglés, alemán y ruso. Atraída por la revolución castrista viajó a Cuba en donde pronto se abrió paso gracias al dominio de esos idiomas. Luego de unirse a las milicias de defensa de la revolución, tuvo la oportunidad de servirle de traductora a su compatriota el Che, de quien al parecer estuvo enamorada toda la vida.

En la isla, su inteligencia, su compromiso con los ideales de la revolución y su multiculturalismo le permitieron ascender dentro de la burocracia. Participó en varias misiones secretas en Europa haciéndose pasar con diferentes nombres por ciudadana checa, española e italiana. Su sofisticada formación en inteligencia y técnicas conspirativas la recibió en el equipo de Manuel Piñeiro, *Barbarroja*, el mismo personaje que años más tarde entrenaría a los rebeldes del M-19 para luego apoyarlos en algunas de sus audaces acciones en el país.

A finales de 1964, bajo el nombre de Laura Gutiérrez Bauer, Tania fue enviada como punta de lanza a Bolivia para exportar la revolución hacia América Latina. En La Paz se hizo amiga de empresarios, artistas, intelectuales y políticos, incluyendo al presidente René Barrientos. Desde un apartamento enviaba por radio mensajes cifrados a los líderes de La Habana y simultáneamente organizaba una célula rebelde. Al llegar el Che a Bolivia Tania se unió a su grupo en las montañas y, según algunas fuentes, se convirtió en su amante. A mediados de 1967, con una pierna herida, altísima fiebre e invadida de parásitos fue muerta con otros ocho guerrilleros por el ejército boliviano. Fidel Castro la declaró heroína de la Revolución Cubana y el pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín hizo un retrato suyo para regalárselo a Salvador Allende, en cuya oficina estaba colgado en el momento del ataque a La Moneda en 1973.

Como Tanja de las FARC, Tania la Guerrillera era no sólo combativa rebelde sino romántica guitarrista y cantante, además de acordeonista. También le gustaba escribir, en su caso poemas después de los enfrentamientos con los militares. Uno de sus últimos textos fue el que no recibió la debida atención de la holandesa en el momento de decidir un alias con mayor impacto y sentido histórico. “Un día mi nombre será olvidado / y nada de mí quedará sobre la Tierra”.

El entorno de las rebeldes y el de las campesinas

Las diferencias entre los antecedentes sociales y familiares de Tanja o las demás rebeldes universitarias y, por otro lado, los de las campesinas colombianas reclutadas por las FARC o el ELN no podían ser más abismales. Las primeras son un ejemplo ilustrativo de que la vida sin apuros económicos no es una vacuna contra la violencia política. Sus historias alcanzan a sugerir que la relación entre educación y actividades subversivas no siempre es predecible. Bajo determinadas circunstancias el poder preventivo de la escolaridad puede convertirse en la vía a través de la cual se inculca en algunas personas la rebeldía antisistema. No ha sido suficientemente debatido en el país este tipo de capital social perverso a través del cual fueron jóvenes de una élite intelectual los que se involucraron como líderes en un conflicto que, según ellos mismos, se originó en la falta de oportunidades.

Hans, el padre de Tanja, se formó como técnico de la construcción y Ría su madre manejaba una tienda en Denekamp. La hermana mayor era trabajadora social y la menor terminó siendo enfermera. De niña Tanja iba todos los días en bicicleta al colegio Twents Carmel en su pueblo en Holanda. Quedaba tan cerca de su casa que algunas veces esperaba a oír la campana para salir y aun así llegaba puntualmente.

Tania la Guerrillera fue una mujer muy culta que además de cuatro idiomas sabía de literatura, pintura y música. Estudió piano, guitarra y casi profesionalmente el acordeón. Siendo niña recibió cursos de pintura, dibujo y tomó clases de ballet. Más tarde tuvo entrenamiento en equitación y tiro e incluso alcanzó a participar en varias competencias. La relación con su familia era firme y armoniosa. “En forma ostensible ella demostraba satisfacción al contarnos su vida, la de sus padres (a quienes idolatraba), al igual que la del resto de su familia. También se sentía complacida al entregarnos sus recuerdos sobre su infancia y adolescencia”, precisa uno de los responsables de su preparación operativa en Cuba.

Vera Grabe también destaca la permanente sensación de seguridad durante su niñez, “ese hilo firme que recorre todos y cada uno de los recuerdos de infancia: la certeza de que tanto mi hermana como yo éramos bienvenidas, amadas, protegidas”. Recuerda las casas con jardines, pisos de madera y chimeneas, así como sus estudios en el Colegio Andino. Hija de inmigrantes alemanes, más que educada, también era una joven culta. “Fieles a la tradición familiar,

a los nueve años mis padres me matricularon en clases de solfeo y violoncelo”.

A pesar de esta sugestiva evidencia en contra, que en Colombia podría complementarse con historias de vida de varios comandantes guerrilleros, narcotraficantes o paramilitares, la precariedad económica como principal y casi única explicación de la violencia sigue teniendo promotores en el país. “La pobreza fue el factor que impulsó a la mayoría de estos jóvenes a formar parte de la guerra”, sentencia sin titubeos Natalia Springer, experta en el conflicto. En el mismo artículo, sin embargo, ofrece el testimonio de José que –como el de Tanja, Tania, Vera o Emilia– no concuerda con tan categórica afirmación.

No aporta mucho a la comprensión del conflicto colombiano señalar que, siendo el campo colombiano poco desarrollado, la mayor parte de las campesinas reclutadas provienen de entornos económicamente desfavorecidos. Una desmovilizada lo ilustra. “Vivía con mis padres y dos hermanos en una casa de dos habitaciones, en la finca de mi abuelo paterno. Era una casa muy chiquita... mis padres dormían en una habitación. En la otra había tres camas y ahí dormíamos los siete hermanos. Yo dormía con mi hermana mayor y el hermano que me seguía. Para estudiar, lo hacíamos primero uno y luego los otros. Era la única forma porque no había plata. Por eso yo no hice sino hasta tercero de primaria”.

Según la encuesta a desmovilizados de la Fundación Ideas para la Paz, el nivel educativo de los padres de los combatientes es bastante bajo. Entre el 20-25% de ellos no tienen ninguna educación, un poco más de la mitad cuentan con primaria y tan sólo una quinta parte con bachillerato o estudios superiores. Casi la totalidad de los reinsertados, tanto hombres como mujeres, abandonaron sus estudios antes de vincularse con algún grupo armado.

Los datos anteriores, sin embargo, no son suficientes para adjudicarle a la pobreza un poder determinante sobre la participación en el conflicto. La precariedad económica también la sufren millones de jóvenes de las zonas rurales que no se vincularon a los grupos armados ilegales y que permanecen invisibles a la hora de analizar las razones por las cuales algunos jóvenes, muy pocos proporcionalmente, son reclutados.

Las condiciones económicas tampoco ayudan a explicar de qué lado del conflicto se alinearán quienes deciden entrar a una organización armada. “La miseria, la angustia de acostarse sin comer, y otra angustia: la de no tener un pan para mañana... Llegó el momento en que no tenía con qué pagar un autobús, un refresco, nada... Yo estaba dispuesto a embarcarme en lo que saliera, siempre y cuando

fuera legal”, cuenta un militar enamorado de una guerrillera. El hermano de Zenaida Rueda, una ex fariana, también terminó en el Ejército.

La principal razón aducida en la encuesta para haber ingresado a un grupo armado es económica. Sin embargo, este hecho da cuenta de las diferencias por género, por lugar de origen y por tipo de organización entre los jóvenes vinculados al conflicto. Mientras la mitad de los hombres provenientes de zonas urbanas anotan que lo hicieron por razones económicas, tan sólo una de cada cinco de las mujeres campesinas –el segmento más vulnerable de la población– menciona esa motivación. Además, los grupos armados que acogen jóvenes buscando mejorar sus ingresos son básicamente los paramilitares (56%), no la guerrilla (16%).

Un indicador de la riqueza familiar basado en las características de la vivienda reportadas en la misma encuesta no muestra, para las mujeres ex combatientes, ninguna relación entre la pobreza y la militancia. Las del nivel alto mencionan razones económicas tanto como las más pobres. En los hombres si se da una relación, pero contraria a la esperada: al disminuir la riqueza se hace menos frecuente la alusión a las motivaciones materiales.

Difícil entender cómo es que la pobreza empuja a los jóvenes a ingresar a una organización en la que normalmente no les pagarán nada. De acuerdo con la encuesta, dos de cada tres mujeres y cuatro de cada diez hombres no recibían ninguna remuneración monetaria por parte del grupo del que se desmovilizaron. Es precisamente entre los ex combatientes de origen rural que se concentran quienes no percibían un pago monetario: 56% de los hombres y 80% de las mujeres. El no ofrecer ningún salario a los combatientes es una práctica más común en la guerrilla que en los grupos paramilitares. Además, sorprende encontrar que la proporción de personas no remuneradas decrece con el indicador de riqueza de las familias, siendo la asociación negativa más nítida entre las mujeres. La remuneración mensual promedio varía considerablemente entre los grupos armados pero en el agregado a mayor nivel relativo de riqueza de las familias, es mayor la mensualidad recibida por los combatientes. Este sistema, que refuerza la inequidad anterior al reclutamiento, es más marcado con las mujeres: se les paga más a las que provienen de hogares con menos dificultades económicas.

La desconexión con el dinero de las guerrilleras rasas es tal que incluso para las incursiones al mundo las envían con un responsable de manejarlo. Zenaida recuerda que para una misión “la plata se la dieron a Wilson, que iba de comandante. Él era el encargado de comprarnos la gaseosa, la comida”. La primera vez que estuvo por su cuenta

en Bogotá, se le acabaron los fondos en los primeros días, pues “cómo no me iba a gastar esa plata, si después de tantos años en la guerrilla nunca me habían dado nada”.

Para el primer contacto con el grupo armado no se observan diferencias apreciables por género pero sí entre guerrilla y paramilitares. Más del 40% de los desmovilizados de la insurgencia señalan que el acercamiento inicial provino del grupo. Entre los ex combatientes de las AUC la proporción se reduce al 20% y ganan importancia tanto los familiares o amigos ya en armas como la iniciativa de la persona desmovilizada.

Cuando el acercamiento provino del grupo armado sí se observa una incidencia de la pobreza. Las organizaciones ilegales son las que mejor siguen el guión de las causas objetivas del conflicto: a mayor precariedad es más probable que el reclutamiento se haya dado por iniciativa del grupo. Por el contrario, si la vinculación fue buscada por la persona desmovilizada o por su entorno –familia o amigos– el mayor nivel económico incrementa los chances de unirse al conflicto. Así ocurre con la guerrilla o los paramilitares y el efecto es más nítido en las mujeres. Mientras el 37% de las más pobres dicen haber tenido la iniciativa para la guerra, entre las del quintil más alto el porcentaje sube al 63%.

El gancho monetario que usan los paramilitares al enrolar adolescentes dista bastante de la situación dramática de alivio de la pobreza. El director de un proyecto educativo en varios municipios de los Llanos Orientales y del Magdalena Medio, en estrecho contacto con profesores, resume el procedimiento de captura de niñas por los ‘paracos’. “Un bacán las contacta y les dice que el patrón les manda saludos; con los saludos o un poco después les llega un celular de regalo; después las llevan a comprar ropa y a comer un helado... a veces llega una lavadora o una nevera nuevas para la mamá”.

Para algunos el conflicto es como un ascenso a las grandes ligas de la ilegalidad. Un joven reclutado por el ex novio de la hermana cuenta cómo se volvió el *sapo* que transmitía recados del comandante a la gente del pueblo. “Un celular era nuestro medio de comunicación; él me daba una orden y yo nunca decía que no. Por dar una razón me ganaba entre 200.000 y 300.000 pesos. ¡Cómo me gustaba esa vida! Tenía plata rápida y contacto con las armas que antes eran hechas de palo”.

Separarse de los padres o huir del padrastro

La primera y triste separación de la rebelde holandesa de su familia –en la que no hay trazas de maltrato o abuso– fue para instalarse en una ciudad universitaria. Al terminar su bachillerato Tanja quiso cambiar de vida. Quería explorar otros horizontes, tomar distancia de sus padres. “Estaba cansada de ver a la misma gente y hacer día tras día lo mismo. Odiaba la rutina”.

En la universidad de Groningen encontró los estudios que se adaptaban a sus ansias de recorrer mundo y conocer otras culturas. En esa pequeña y apacible urbe estudiantil podría ser independiente. Al instalarse, sus padres la acompañaron para escoger la casa donde viviría. Pensó que por primera vez en su vida “estaba realmente sola, que de ese momento en adelante las decisiones sobre su vida las tomaría ella y sólo ella”. Con subsidio estatal y ayuda de su familia no tuvo problema para encontrar un cuarto en una casa compartida con tres estudiantes más.

A diferencia de este ritual de inicio de vida adulta apoyado por los padres y parcialmente financiado por el gobierno, un porcentaje no despreciable de las combatientes representadas por Tanja fueron separadas a la fuerza de sus familias, o se refugiaron en la guerrilla huyendo de parientes que las violentaban.

La recurrente explicación económica para el reclutamiento de menores por grupos armados ilegales ha sido complementada recientemente, para las mujeres, con la de la violencia sexual. Se habla de cientos, miles de niñas “violadas, abusadas y maltratadas física y psicológicamente por los hombres armados”. Se afirma que “la violencia de género y la violencia sexual en conflictos armados son perpetradas como actos de venganza, como aliciente para la moral de los soldados, como un método de infligir terror y humillación en la población”. El problema, sin embargo, parece mucho más complejo, con aristas más sombrías, y en ocasiones puede tener origen doméstico.

Eloísa, una ex guerrillera, decidió que su padrastro sería su papá pues su padre biológico, a quien llama *El Demonio*, abusó de ella desde los ocho años. “Nunca le he contado esto a nadie, ni a mi mamá, porque él se enfurecía y decía que si hablaba me cosía los labios. Y también me callaba por miedo a las lenguas del pueblo, que son largas... Llegaba con una botella de cerveza en la mano y yo volvía a decir ‘estoy despierta, esto no es un sueño, es la realidad’... Él roncaba un tanto y cuando dejaba de roncar, me decía: ‘Usted no es mi hija. Usted es mi mujer’”.

Con tales violaciones en casa el reclutamiento estuvo servido en bandeja. Cuando, a los nueve años, Eloísa trató de evadirse con cien tabletas de Novalgina, quienes la encontraron desfallecida en la calle fueron los de la ronda nocturna de la guerrilla. A los trece le mandó un mensaje al comandante de turno. “Díganle que quiero ingresar. Yo también soy capaz de disparar un fusil”.

Refiriéndose al levantamiento de los Nasa, Salud Hernández anota que “es la región donde más menores de edad reclutan las FARC, sobre todo niñas, debido al maltrato y abusos sexuales que sufren en sus familias”.

No son pocas las jóvenes campesinas que han buscado refugio a la violencia de su entorno inmediato en los grupos armados. Entre las que respondieron la encuesta, una de cada cinco señala haber sufrido abuso sexual antes de la vinculación. Para las ciudadanas la cifra es menor pero sigue siendo alta, 13%. Los principales responsables de los atropellos no son los guerreros sino quienes viven con ellas en la casa, o por ahí cerca. El 65% de las campesinas sexualmente abusadas antes de entrar al conflicto señalan a un familiar como responsable. Tan sólo un 5% reporta haber sido agredida por alguien del grupo armado. Para las mujeres de origen urbano, la participación de los guerreros en el abuso es más alta pero siempre inferior a la de los familiares.

El impacto del abuso sexual es duradero. En los momentos de pasión con algún guerrillero, a Eloísa se le “encaramaba la rabia a la cabeza” porque le parecía que estaba con *El Demonio* y sentía unas ganas tremendas de atacarlo. Cuando en su frente les dieron a las mujeres la orden de ajusticiar un infiltrado a cuchilladas, ella sólo tuvo que pensar que era *El Demonio* y que “por fin le había llegado su momento. Ahí me calenté... le di dos veces. Con fuerza. Con todo lo que me daba el brazo”. Algo sorprendido, el comandante preguntó de dónde había salido semejante guerrera. “¿Guerrera? yo no era más que una hija ofendida”.

Un día, cuando niña, Eloísa se había quedado en el salón de clase pensando en la lección de escritura cuando recibió un puño en el oído derecho. Era don Agustín muy molesto porque le había desobedecido la prohibición de no salir a recreo. “Se me fue el mundo... duré más de dos meses con un zumbido en el oído y un mareo que me tumbaba”. Fue a quejarse al comandante.

En la guerrilla las cosas no funcionaron mucho mejor. “Lo que encontré allí fue más agobio”. Eso sí, aprendió a defenderse. No sólo mató a los que quisieron abusar de ella sino que cuando *El Demonio* volvió a empujarla contra el colchón sacó la treinta y ocho y disparó al suelo. Lo dejó como un pobre diablo.

Incluso cuando no hay abuso contra los menores, en algunas regiones la guerrilla representa la autoridad a la que se acude en casos de violencia en el hogar. Así lo refleja el testimonio de Zenaida. “Lo malo de mi papá era que se emborrachaba y le pegaba a mi mamá. Barría el piso con ella. Hasta que apareció la guerrilla. Ellos no permitían que los maridos les pegaran a las mujeres. A un vecino le dieron una tunda con la chapa de una correa por haberle pegado a la mujer... Entre los hermanos nos inventábamos que habíamos visto a la guerrilla, camino a la escuela, para que mi papá no le pegara a mi mamá”.

De las universitarias antisistema a las niñas desescolarizadas

Tanja no permaneció toda su carrera alojada en el lugar que le ayudaron a encontrar sus padres en Gotingen. Al conocer un grupo de *okupas* se fue a vivir con ellos en una casa grande invadida y convertida en centro de reuniones de activistas de izquierda. Había conocido a Christian en un bar y él fácilmente la convenció de que era una verdadera estupidez pagar un alquiler si podía vivir sin hacerlo en alguna casa abandonada. Además, así protestaban contra los propietarios inescrupulosos, a quienes llamaban ordenadores de casas. Esa misma noche aceptó con gusto su primera incursión en la ilegalidad.

Al lado de la casa *okupada* funcionaban una taberna, un restaurante vegetariano, un centro de acopio de ropa usada para gente de escasos recursos y una imprenta rústica para afiches y panfletos. Tanja alternaba su actividad académica con un trabajo de mesera en el restaurante y colaboraba en la distribución de ropa. La energía le alcanzaba para las rumbas en la taberna y “para hacer el amor con los novios de ocasión hasta la madrugada”. Sumaba así a su formación profesional “una apasionada introducción a las ideas de izquierda... Les amargaba la vida a las autoridades y arañaba el orden y la tradición de una sociedad vieja y aburrida”.

El restaurante vegetariano también le permitió enfrentarse al sistema capitalista en su dimensión depredadora. El no comer carne iba más allá de una decisión de salud personal, evitando toxinas, y era un gesto de protesta social y protección de la vida animal.

Aunque las causas políticas que la motivaban eran múltiples –derechos humanos, medio ambiente, inmigración ilegal, guerras en el tercer mundo, feminismo, minorías– no era muy dada a profundizar, prefería ideas simples y contundentes. En eso la apoyaba Christian, su compañero *okupa*, que no cesaba de repetirle que “actuar no es más que un paso lógico para descargar los sentimientos y las convicciones”.

A miles de kilómetros de distancia y un par de décadas después, los activistas holandeses compartían la misma filosofía Tupamara de dejarse llevar por los hechos y la acción que en Colombia había inspirado a las jóvenes universitarias del M-19 tan educadas, inquietas y amantes del riesgo como Tanja.

La rebeldía de Vera Grabe, el mal genio contra el mundo y la turbulencia empezaron con la adolescencia. “Una búsqueda propia, una tormenta individual”. Más tarde “se

nos juntó todo. Flores y fusiles. Bob Dylan y el Che Guevara. Dos caminos para los jóvenes que no les gustaba el mundo que recibían. Unos lo hicieron de manera pacífica. Otros tomaron la vía armada... Resultaron todo tipo de mestizajes. Como leer a Marx fumando marihuana". Para sus 16 años recibió como regalo las obras completas de Bertolt Brecht y un afiche del Che Guevara.

Mientras Tanja, Vera y María Eugenia se vincularon *motu proprio* a las FARC o al 'eme' habiendo pasado por la universidad y fogueadas en acciones políticas, las niñas campesinas lo hicieron, a veces forzadas o engañadas, en ocasiones como una escapada más de la casa y abandonando la escuela sin su bachillerato.

Varios datos de la encuesta apuntan en esa dirección. La deserción escolar, un factor determinante de ingreso a un grupo armado, difiere entre hombres y mujeres ex combatientes. Mientras la mayoría de los varones señalan que dejaron de estudiar por razones económicas, las mujeres aducen menos esa razón. Casi tan importante (22%) es la mención de que dejaron la escuela para ingresar directamente a un grupo armado, un tránsito automático que reporta tan sólo el 6% de los varones.

Difícil saber, cuántos de los 13 infantes que en mayo de 2011 la guerrilla se llevó de varios colegios de Puerto Guzmán en el Putumayo, habrían sido previamente persuadidos. En todo caso, cuesta trabajo imaginar que las rutinas concretas de reclutamiento no forzado de menores para el conflicto se basen en extensas y sesudas argumentaciones históricas sobre la explotación capitalista, o el problema agrario sin resolver.

Una periodista de Foreign Affairs describe una mecánica bastante *ligh*t pero tal vez más realista, muy similar a la utilizada por las maras y pandillas en Centroamérica. A ellas les prometen que ya no habrá más abusos, o directamente las seducen con los fierros. A ellos los atraen "prometiéndoles una motocicleta, un celular, ropa cool y todo lo que les ayude a levantar novia".

De acuerdo con una reinsertada, un quiebre en los métodos de reclutamiento de las FARC se dio con la zona de distensión del Caguán, cuando crecieron de tal manera las candidaturas que el asunto se les salió de las manos, sin poder distinguir si se trataba de infiltrados o delincuentes. "Cuando yo llegué a la guerrilla, era requisito indispensable pertenecer a una familia conocida en la región. Pero en la época de la zona de despeje, los reclutadores iban a las zonas coccaleras, donde había cientos de raspachines y comenzaban a andar para arriba y para abajo en moto, con buenas camisas, jeans, lociones... entraban a las discotecas a bailar y tomar trago... Ya borrachos les decían: ¿uste-

des por qué no ingresan a la guerrilla? Allá tienen de todo y si se portan bien les enviamos plata a la familia; además, van a vivir muy bien".

El atractivo de las FARC en la época del despeje fue tal que "en San Vicente del Caguán, niños, niñas y jóvenes solicitan con cierta regularidad ante la Personería Municipal, la Inspección de Policía o la Defensoría del Pueblo, que intercedan para su ingreso a las FARC".

Para contrarrestar estos métodos de vinculación, con algo de audacia se podría proponer que las niñas campesinas jueguen a la guerra con la fuerza pública. Violeta recuerda que tal estrategia tiene sus bemoles, pues el flirteo con los uniformados legales es una actividad bastante regulada por la guerrilla. "Fíjese que un día unos hombres uniformados, pero no del Ejército, interrumpieron la clase en el colegio. Entraron al salón y uno abrió una lista que tenía y leyó el nombre de las niñas que debían irse del pueblo o dejar de salir con los policías si querían seguir vivas".

Virgenes para los comandantes y tutora sexual del guerrillerito

Marta cuenta que fue recogida con otros 50 menores en Barrancabermeja. Al llegar al campamento de las FARC los recibió un niño de nueve años “con un fusil más grande que él”. Los alinearon y empezó el adoctrinamiento. “A los dos o tres días de nuestra llegada al campamento, un comandante me sacó del grupo y me llevó a un cambuche donde me violó, me golpeó y posteriormente me amarró. Allí duré una semana... Este episodio me volvió a abrir una herida muy profunda que llevaba en mi alma: cuando tenía siete años había sido violada por un tío, sin que hubiera podido hacer nada”.

Liliana recuerda que una mañana al salir a comprar lo del desayuno “me encontré con un camión del que bajaron dos hombres armados y me dijeron simplemente: súbase. Eso fue todo”. Al día siguiente, en el campamento, comprendió que no era la única menor reclutada. Ahora, “éramos parte de la guerrilla de las FARC... Acababa de empezar mi pesadilla. Cinco días después el comandante del campamento me violó”.

Anne Phillips, la periodista de Foreign Affairs, reporta la historia de Atena, maltratada con frecuencia por su hermano. Tras una golpiza se escapó de la casa y llegó a un pueblo en donde Paco, un amable viejito, se le acercó para ofrecerle protección y aventuras si lo acompañaba a una finca. A las dos semanas, Atena supo que no podría irse de allí aunque quisiera. En ese momento no le importó. Al fin y al cabo su mamá nunca la defendió de las muendas y nadie la había invitado a un helado como hicieron los guerrilleros que estaban en la finca. Eso sin hablar de la posibilidad de integrar una nueva familia que prometía igualdad de género.

Si el reclutamiento de infantes fuera siempre forzado, como el de Marta o Liliana, tal vez sería más fácil saber cómo reaccionar –con fuerza pública y fiscales– que ante una vinculación como la de Atena, que vio en el grupo armado un eventual refugio contra la violencia en su hogar.

Atena se demoró en hablarle a la periodista de sus actividades nocturnas en el campamento, específicamente de sus obligaciones sexuales. “La mayoría de las mujeres reclutadas, independientemente de su edad, se ven obligadas a atender a los guerrilleros, en un esfuerzo por mantener la moral de la tropa y evitar el riesgo de seguridad que implican las aventuras amorosas con civiles”.

El caso no parece ser excepcional. “(Las campesinas) llegaban y como había muchos más hombres que mujeres entonces eran como los buitres: uy llegó carne fresca. En-

tonces las muchachitas sin experiencia, los muchachos les caían y las muchachas se dejaban llevar”, confirma una ex fariana en una entrevista. De acuerdo con Marta, “al haber sido violada tan pronto llegué al campamento, me di cuenta que era la regla y no la excepción”.

Zenaida habla de Hermides, “el guerrillero que me recibió cuando recién me reclutaron en Santander” y con el que tendría un hijo. Otra ex combatiente de 16 años, es más explícita en cuando a la pasividad femenina para emparejarse. “Él me pidió para su frente, porque allá a las mujeres las piden los hombres; piden a la mujer que les guste de las que salen a formar. Pero hay veces que cuando las llaman a formar es para que las escojan”.

Tras la iniciación o la escogencia, viene el acoso de los superiores. A la misma Zenaida, años después, el ‘Mono Jojoy’, “llegó a mi cambuche y de una me echó los perros. Me propuso que tuviéramos algo a escondidas, que por la noche hablaba con los guardias de él para que yo me fuera a dormir a su cambuche y que si yo necesitaba algo, él me lo regalaba”. Jojoy no tenía una amante sino varias, además de Shirley, su compañera habitual, que terminó dejándolo por mujeriego.

Las prerrogativas sexuales de los comandantes no son cosa nueva. Fabio Vásquez, líder del ELN, no permitía que las parejas se juntaran, pero eso no le impedía andar siempre acompañado de bellas jóvenes. “El único que podía tener una mujer en el campamento era él. Los demás vivían en total abstinencia. Fabio las cogía por turnos. Duraba con cada una siete u ocho meses, se aburría y escogía otra”, cuenta Dora Margarita.

La idea de fuerza o acoso se va desvaneciendo en la actividad sexual posterior dentro del grupo armado. De acuerdo con la misma Zenaida, a Gaitán, un comandante que siempre manejaba mucha plata en efectivo –normalmente bajo la custodia de la mujer que andaba con él– “se le arrimaban las chinas porque él les daba regalos”. A Rigo, un hijo enano de Marulanda, “le gustaban las mujeres monas, altas. Y las conseguía. Como era el hijo de Marulanda, las guerrilleras se le arrimaban”.

Ocasionalmente la iniciativa sexual femenina surge de la escasez de hombres que se puede dar en los grupos de enfermeras. En el de Xiomara, por ejemplo, “eran como cuarenta viejas y cinco hombres... Hasta allá se nos metieron esas viejas. Ellas habían pasado mucho tiempo solas en el monte y llegaron a buscar marido. Andaban con el cuento de que tal pelado está bueno y que este otro también”.

Venga de donde venga la iniciativa, lo cierto es que la rotación de parejas acaba siendo alta. “El sexo es lo único feliz que había en mi vida”, cuenta una guerrillera desmovi-

lizada. “Sola me parecía que no era nadie... Pasaba el calor de las noches pero cuando amanecía terminaba todo porque era posible que esa misma tarde, chao, adiós. Y a hacer cuenta que no lo había visto. Más adelante conocía a otro, más adelante a otro. A olvidarse de ellos y a pensar en que no existieron”.

De acuerdo con la encuesta de la FIP, buena parte de las desmovilizadas se iniciaron sexualmente, siendo niñas, en el grupo armado. El 43% de las mujeres ingresaron vírgenes a la organización, y entre estas, una mayoría lo hicieron antes de los 13 años. El fenómeno es más notorio en la guerrilla que en los paramilitares. En el ELN, por ejemplo, el 63% de las mujeres eran vírgenes al vincularse, en las FARC el 55% y en las AUC el 14%.

En términos generales, la actividad sexual de los hombres no muestra un cambio significativo a raíz de la vinculación al grupo armado. La de las mujeres, por el contrario, sí se incrementa considerablemente. Las organizaciones guerrilleras se distinguen de los paramilitares pues son más los desmovilizados que reportan un aumento en su actividad sexual posterior a su vinculación y esto es particularmente marcado para las mujeres.

La aparente liberalidad sexual de las guerrilleras se percibe dentro del mismo grupo como algo reprochable, y no son extrañas las comparaciones con la prostitución. Un ex fariano opina que allá “la mujer pierde su feminidad... los hombres son muy machistas con la mujer, siempre explotándola sexualmente. Parte de la culpa es del hombre, parte es de las mujeres porque ellas se relajan... ellas se vuelven prostitutas porque empiezan con un hombre en una cama, y a la siguiente noche están en otra cama con otro hombre”.

El primer amor, amigo y apoyo de una reinsertada “me decía que las mismas guerrilleras me inducían a la prostitución porque se iban acompañadas al baño y se ponían a hablar de que tal guerrillero estaba bueno, que esta noche me voy a acostar con tal otro, y que yo me veía decente, así que no me fuera a dejar influenciar por ellas”. Él mismo le explica que “en la guerrilla hay mujeres que se acuestan todas las noches con uno diferente: porque les prestan una bolsa, porque les regalan betún, porque les dan ropa interior o un champú, en fin...”.

“Ahora Lozada tiene otra mujer, una chica de 16 años, de tetas enormes. Esta muchacha es una putica, tira con todo el mundo y es muy tonta”, escribió Tanja en su diario.

La confusión entre promiscuidad y prostitución está institucionalizada. “(A las peladas) las paran delante de todo el personal de la compañía y les han dicho: ustedes confundieron FARC-EP con BAR-EP, si ustedes quieren ganarse el

cartón de prostitutas por qué no se quedaron en la civil”. El sexo casual, además está debidamente reglamentado: “para ese tipo de relación hay permiso los días miércoles y domingo, pero hay que pedirlo. El compañero es con el que se está siempre”.

Al reinsertarse, los guerrilleros se buscan una mujer con costumbres sexuales distintas a las de sus compañeras. La antropóloga Kimbely Theidon, que entrevistó desmovilizados, señala que todos los hombres afirmaron no tener interés en contar con una mujer ex combatiente como pareja porque “la mujer guerrillera es una puta”.

Para completar, al igual que los mafiosos, los guerrilleros son asiduos clientes de la prostitución, muchos de ellos desde antes de vincularse a la organización. Una mujer del EPL recuerda que las prostitutas eran aceptadas en los campamentos. Era “una manera de preservar y proteger a las *masitas*”, como se denominaban las jóvenes campesinas en las zonas de influencia de esa guerrilla.

Los encuentros sexuales por dinero podrían no ser simples caprichos personales de los combatientes sino algo más institucionalizado. En 2005, la revista *Cambio* señalaba que en Antioquia y el Eje Cafetero, “los grupos armados reclutan menores que son llevadas hasta Tame, Arauca, y de allí las envían a campamentos para que presten servicios sexuales a los combatientes. Permanecen entre cinco y ocho días, y luego las devuelven a sus lugares de origen”. La encuesta FIP corrobora el escenario de servicios prestados al grupo, no a los combatientes individuales, puesto que las relaciones con prostitutas las reportan incluso quienes no recibían ninguna remuneración regular de la organización.

Una secuela de la activa participación en el mercado del sexo es la alta incidencia de enfermedades venéreas que sin duda –en un entorno al que ellas entran vírgenes y se les prohíben relaciones con civiles– han sido importadas por unos guerrilleros no muy amigos del condón. En efecto, la intensa actividad sexual dentro de los grupos armados no siempre se hace de manera segura. “Cada comandante entregaba condones con la dotación, pero los guerrilleros no los utilizaban. Los cargaban para evitar que los sancionaran. Y a veces uno encontraba condones colgados en las ramas de los árboles”. “Aquí se jode tanto, y sin preservativos, que el sida podría destruir toda la unidad”, anota Tanja en su diario.

Mucho sexo sin las debidas precauciones acaba pasando factura. “Una buena parte de las enfermedades que afectaban a los guerrilleros eran las venéreas... Y era apenas lógico, porque había bastante promiscuidad y a veces los guerrilleros enfermos se quedaban callados y seguían con su vida sexual”. Cuando los exámenes salían positivos

los médicos intercambiaban su silencio al respecto por la promesa de cambio en el comportamiento. Con algunos el arreglo funcionaba pero “otros se ponían por debajito de cuerda a tener relaciones sin importar que estuvieran contagiados de sífilis o herpes”.

En abierto contraste con la peculiar iniciación sexual de las mujeres en la guerrilla, la primera experiencia íntima de Tanja con un compañero de lucha fue un ardid ideado por ella para evitar sospechas después de un fallido atentado con explosivos. En medio de la discusión sobre el curso de acción luego del fracaso, vieron la luz de una moto de la Policía acercándose al vehículo en el que estaban. “Yo no lo pensé ni un segundo y me abalancé sobre mi compañero dándole un apasionado beso que lo dejó estupefacto y sin aire. Le susurré al oído que me metiera las manos en las tetas y actué como una fiera en celo hasta que los policías nos pusieron la luz de la moto en frente y se bajaron a examinar la escena... Mientras (él) les hacía comentarios machistas buscando su complicidad masculina yo simulaba estar avergonzada y me tapaba la cara entre sollozos”. El montaje fue tan eficaz que la autoridad acabó haciendo una recomendación escueta: “que le pague una pieza a la señorita porque aquí están prohibidas esas vainas”.

Ya en el monte, en medio de los rigores del curso básico de entrenamiento, Tanja se fijó en un “jovencito indígena” callado, taciturno y poco sociable con el que nadie hacía migas. De unos 20 años, con rasgos “totalmente aborígenes”, era de la etnia Yucuna y había sido reclutado en el Amazonas. “Además de un bello cuerpo, esculpido en el trabajo y la guerra, tenía la mirada más transparente que yo había visto en mi vida... Me despertaba una ternura inmensa y entre charla y charla me enteré de que nunca había tenido novia”.

El contraste con la mayor parte de los guerrilleros en plan de conquista, cambiando de pareja y alardeando de su virilidad le hizo tomar a Tanja la decisión de ayudarlo a perder su virginidad. El joven captó el mensaje y una noche la visitó en su caleta. “Esperó mi reacción hasta que yo comencé a acariciarlo y lo besé en la boca y disfruté de su asombro y sus temblores haciendo las veces de maestra en las artes amatorias. Hicimos el amor varias veces bajo una oscuridad infinita y en medio de una sinfonía incesante de insectos que ahogaba sus gemidos. Holanda, Holanda, me decía al oído mientras su fuerza de joven del monte se apropiaba de mi cuerpo ansioso y extenuado”.

El parte de victoria fue contundente. “A mi indiecito, que era virgen, lo he convertido en un dios del sexo”, escribió Tanja en su diario. También allí quedó claro que el encuentro estaba planeado con anterioridad, que la holandesa le

había puesto los ojos a ese muchacho de otra comisión, “un indio, casi no habla... Tiene cuerpo bonito y es totalmente ingenuo. Espero empezar algo con él la próxima vez que venga, entre otras cosas con el propósito de escandalizar a todas las personas de acá. Todavía soy una chica rebelde, ja ja ja”.

En la misma entrada anota que una manera de ser diferente en la guerrilla sin convertirse en oveja negra es no empezar nada con los superiores. “En principio sería fácil para mí seducir a un comandante, por ser blanca”. Los mandos se fijaban en ella, algunos la buscaban, pero ella los ignoraba.

Adoctrinamiento voluntario y progresivo o forzado y tedioso

Al leer los documentos acordados por el gobierno con las FARC, cualquier observador pensaría que en la guerrilla colombiana se discuten permanentemente, y con seriedad, una amplia gama de asuntos políticos, económicos, sociales y agrícolas. Si al ambicioso texto se le suma el escenario de las negociaciones, surge la tentación de imaginar una reedición de los barbudos de la Sierra Maestra o, como ya se ha sugerido, de los diálogos con los rebeldes urbanos del M-19, tan cercanos a Cuba.

La primera vez que Tanja vino a Colombia fue contratada como profesora para el colegio más costoso de Pereira. Allí conoció a un profesor de matemáticas que “sí sabía darme las respuestas que me satisfacían, unas respuestas contundentes... Nosotros no solamente discutíamos sobre los procesos sociales en Colombia, leíamos documentos sobre la Revolución en Cuba, la Revolución en diversos países del mundo y me llevaba a los barrios pobres de Pereira”.

Era la época del despeje y ella empezó a escribir su tesis para la universidad holandesa sobre la guerrilla. Por eso “me tocó estudiar el proceso histórico colombiano, por qué nacieron las FARC, qué raíces tienen”. Con la disculpa del trabajo de grado estuvo en el Caguán buscando entrevistar comandantes. Ya tenía un contacto suficiente para poder pasar los retenes de la guerrilla. Allí quedó marcada por una manifestación política con discursos de Alfonso Cano y otros líderes. Y también en la zona de distensión tuvo la oportunidad de participar en una rumba que duró toda la noche. Bailó vallenatos y merengues y entonó canciones de protesta acompañada por su guitarra. Al volver a Holanda “ya tenía la fiebre de la Revolución”.

En su segundo viaje a Colombia vino como espectadora privilegiada, para “mirar la toma del poder de este pueblo”. Sabía que “la revolución se va a dar acá, con la guerrilla más grande del mundo”. Cuando al poco tiempo decidió que podía aportar algo a la noble causa, se enteró que su colega en el colegio era un miliciano de las FARC que de inmediato la puso en contacto con las redes urbanas en Bogotá. El proceso de involucramiento en el conflicto siguió siendo puramente intelectual. Quedó fascinada con la forma en que sus inductores a la guerrilla “citaban, de memoria y al pie de la letra, párrafos completos de *Pasajes de la guerra revolucionaria*, el gran libro de Mao sobre la lucha armada”.

Al llegar al monte, ya formada política e ideológicamente, el adoctrinamiento básico al que eran sometidos los

demás reclutas, en su mayoría menores de edad, resultó redundante para ella. “Al cabo de un mes, Lozada (el comandante) supo que tenía un verdadero cuadro revolucionario en sus manos y se dedicó a darle una especie de curso privado sobre la línea política de las FARC, la historia y la estructura de la organización”.

Antes de ser Tania la Guerrillera, Haydée tuvo una intensa actividad política. Creció en el seno de una familia combativa y revolucionaria. Sus padres fueron miembros del Partido Comunista Argentino y trabajaban activamente contra el gobierno. En su casa celebraban reuniones clandestinas, recibían refugiados judíos y llegaron a guardar armas.

Desde niña Tania colaboraba en estas actividades, llevando mensajes y repartiendo propaganda. A los catorce años militó en la Juventud Libre Alemana y poco después en el Partido Socialista Unificado. Fue en una reunión entre dirigentes estudiantiles alemanes y latinoamericanos cuando se encontró por primera vez con el Che Guevara. El alias de Tania era el mismo utilizado por la guerrillera soviética Zoja Kosmodemianskaja, detenida, torturada y asesinada en 1941 por los fascistas, y refleja una constante preocupación y un detallado conocimiento de las luchas rebeldes en el mundo.

La incorporación al grupo armado en el monte fue para Tania la culminación de varios años dedicados al activismo político, y como tal la celebró. “A su llegada a la guerrilla, Tania se veía muy jubilosa, a pesar de caminar unos ocho o nueve kilómetros había llegado en condiciones físicas aceptables... Nos estrechó a todos, nos abrazó, brincó de júbilo, alegría espontánea”.

La toma de conciencia de las rebeldes del M-19 fue también larga y progresiva. En el caso de Vera Grabe, empezó en el colegio con un maestro que admiraba y le encantaba: un profesor alemán de literatura e historia que le abrió los ojos y le transmitió su inmenso amor por Colombia. Todos sus estudiantes salieron comprometidos con la necesidad de cambiar y mejorar el mundo. Todavía en el colegio, para un trabajo de investigación, “leímos lo que encontramos sobre Camilo Torres, el nacimiento del Partido Comunista, el MRL, el nacimiento del Frente Unido y las diversas tendencias del movimiento obrero”.

Ya en la universidad, “el supermercado de las toldas y capillas políticas estaba en pleno furor... Era como mirar Colombia con los anteojos de lo que pasaba en otros lados... La Juco defendía su combinación de todas las formas de lucha, el todo vale. La Jupa reivindicaba el valor de la burguesía nacional y había ganado fuerza en la universidad privada: eran los guerrilleros del Chicó”.

La injusticia social la vivieron en carne ajena, de nuevo bajo la guía de un 'profe' que facilitó la conclusión de que la violencia era la única vía. Fue después de un trabajo de campo en una región indígena –con el mismo tutor que en clase la había llamado mona imperialista, pero que luego le levantó el veto para mostrarle el verdadero país–, que Vera Grabe vio con claridad que “sólo si cambiaban las estructuras sociales y políticas podía mejorar la vida de la gente. Eso significaba derrocar al sistema y para ello no había otro camino que las armas”.

A pesar de lo obvia que es la inequidad en Colombia, la toma de conciencia a veces requiere un empujón del maestro intelectual. *Emilia* describe el proceso de tutelaje por su profesor universitario, coincidentalmente el mismo de Vera. “Era incansable en sus demandas, me cuestionaba, leíamos juntos, revisaba mis notas. No me pasaba una. Tenía que ser buena en mis estudios académicos pero también comprometida en mi práctica cotidiana. Observaba cada detalle de mi comportamiento y me regañaba cuando pensaba que las debilidades pequeño burguesas me estaban corrompiendo”.

El ingreso al grupo armado de las universitarias no se dio al principio sino después de la adolescencia, fue gradual y tomó varios años de reflexión e incubación ideológica. “Una especie de ligera invasión. Una seducción eficaz y sutil... No nos hacíamos revolucionarios de la noche a la mañana. Llegar a serlo era un proceso personal de involucramiento político, afectivo, cotidiano”. Así es como describe Vera Grabe la ruta para hacerse guerrillera. Fueron algunos amigos de la universidad los que facilitaron el tránsito de la vida civil a la militar, en un sendero en el que se mezclaron las lecturas de Lenin, Manuel Marulanda o Camilo Torres, con la música de Violeta Parra y Mercedes Sosa. En su caso, la fase definitiva del proceso había estado precedida del “debate político sobre la reforma y política educativas, sobre el poder y la ideología”, en la universidad de Hamburgo.

La búsqueda de verdades absolutas por parte de Emilia inició aún más temprano con los Corazones Valientes y los Cruzados. El grupo de teatro Las Euménides que formó con unas amigas de colegio bajo la dirección de dos miembros del Partido Comunista Marxista Leninista lo complementaba con la participación en un grupo de estudio maoista.

El M-19 que las invitaba y acogía tampoco pretendía decisiones y definiciones bruscas. “No pedían más de lo que uno pudiera dar, daban por sentado, con tranquilidad, que cada cual tiene sus procesos y que un gran paso es a la larga la suma de un montón de pasitos”.

La toma de conciencia de las campesinas reclutadas siendo niñas por la guerrilla es mucho más escueta, empí-

rica y menos sujeta a discusión y análisis. La ideología es más justificación *ex post* que consideración *a priori*. Al interior de la guerrilla colombiana parecería incluso darse una relación perversa entre educación y convencimiento por la lucha armada. Diana, por ejemplo, que había empezado en la Juventud Comunista, “era una niña muy consentida, pero supremamente convencida. Era de las pocas guerrilleras que habían terminado el bachillerato”.

Incluso cuando el reclutamiento de las jóvenes campesinas es tardío, a los 18 años, la labor previa de adoctrinamiento es precaria. Como cuenta Zenaida, “unos guerrilleros me dijeron que alguien de la familia tenía que irse para las FARC y que seguramente me tocaba a mí. En esos días yo andaba de parranda... Todo ese año y el siguiente me la pasé trabajando y tomando. Como estaba segura de que la guerrilla me llevaba tarde o temprano, más tomaba”.

La realidad del debate dentro de los grupos armados colombianos es igualmente pedestre y presenta peculiaridades. Por un lado, las discusiones políticas, con métodos escueleros, son básicamente para las mujeres y en particular para las reclutadas cuando niñas. “Los cuadernos de Manuel Marulanda eran unos libritos que él había escrito sobre la guerra. Tocaba leerlos y transcribirlos en un cuaderno de los que usan en los colegios... Nos daban unas charlas sobre el reglamento, las normas de la organización, sobre este señor Carlos Marx, sobre libros de Jacobo Arenas, de Marulanda... Era una cantidad insoportable de cosas que no me interesaban para nada”, cuenta Zenaida y agrega que “al principio no les encontraba sentido a las charlas. Les tenía pereza, pero después me resigné y me tocó meterme”.

De acuerdo con la encuesta a desmovilizados, las combatientes asisten en promedio unas treinta veces más al año que los hombres a reuniones en las que se habla de los objetivos políticos del grupo o de su ideología. Además, a los reclutados con menos de 13 años les tocan cuatro veces más reuniones que a los mayores.

La segunda particularidad de estas reuniones políticas en las montañas de Colombia es que son, principalmente, para quienes no reciben ninguna remuneración por parte del grupo armado. La misteriosa incompatibilidad entre un estipendio y el debate político es mucho más marcada entre las mujeres. Mientras una guerrillera que reporta no haber recibido ningún ingreso regular asistió en promedio a 180 reuniones cada año, algunas mujeres a quienes las FARC o el ELN les pagaron regularmente más de un salario mínimo fueron tan sólo a una sesión bimensual.

El proceso de adoctrinamiento centrado en los más jóvenes no parece ser independiente de la práctica de re-

clutamiento forzado de menores. Victoria Palmera, alias la Costeña, con unos 30 años en la guerrilla, fue jefe política y coordinadora del frente 21 y “su papel dentro del grupo armado también ha sido la enseñanza ideológica a los menores que ingresan a las FARC”. Informes de inteligencia señalan que en las veredas de Chaparral y Rioblanco en Tolima la misma Victoria, “habría amenazado a las familias que no permitían que sus hijos fueran reclutados”.

Sobre el contenido y la calidad de las reuniones políticas y de adoctrinamiento, Eloisa da algunas pistas. “Bueno, yo escuchaba, no leía. Estudiábamos la vida del Che Guevara como el hombre nuevo... lo estudiábamos por su compromiso con una causa: la causa noble de la revolución para la construcción del socialismo y por su desinterés”.

Un amigo, aburrido con el rollo, le recomendó a Eloisa que buscara un libro de otra cosa y hablaban después. Ella, que acababa de ver su primera película, quedó preocupada. “Yo creía que la guerrilla estaba en todo el mundo y cuando me di cuenta de que no era así pensé que, definitivamente, mi cabeza estaba llena de aserrín”.

Al volver a casa buscó afanosamente un libro, cualquier libro. “Esa misma tarde empecé a preguntar quién tenía uno. Nadie, pero nadie tenía un libro en el pueblo. Creían que me había vuelto loca”. Por fin le sugirieron que en la parroquia podría encontrar algo. El padre Domingo no salía de su asombro. En todo el tiempo que llevaba en el pueblo nadie le había hecho tan insólita solicitud. No desaprovechó la oportunidad y le endosó la vida de un santo. También le recomendó ir a la biblioteca de Neiva, aclarándole que se trataba de un lugar en donde había muchos libros. “Uno va allá, pide el que quiera y se lo prestan”.

La encuesta FIP y el testimonio de Eloisa permiten sospechar que más que debate, lo que se da actualmente en los grupos armados es simple adoctrinamiento para párvulos, virtuales analfabetas, tal vez con herramientas pedagógicas similares a las utilizadas para atraerlos a las filas. “La música de los niños, de los jóvenes y de los más viejos son canciones guerrilleras y canciones de narcos. Punto”.

No sorprende que los combatientes reclutados más maduros asistan poco a las reuniones políticas. Y tampoco sorprende la alegría de Eloísa cuando, ya reinsertada, la bibliotecaria de Neiva le recomendó sus primeras lecturas: *El sapo enamorado*, *El cocuyo* y *la mora* y *Yoco busca a su mamá*.

Hay indicios de que ni siquiera el adoctrinamiento más básico logra sus propósitos. En medio de un enfrentamiento con el Ejército, una reinsertada recuerda que “yo en mi pensamiento le pedía a Dios que nos escondiera y escuchaba a las otras dos muchachas rezando, pidiendo que no

nos fuera a pasar nada”. En otra ocasión, “cuando Juancho alzó el bolso me di cuenta de que llevaba el cuaderno y una biblia chiquitica que le había prestado Ninfa”. Justo antes de desertar le insiste a su compañero de aventura, “si Dios quiere, si Dios quiere, a las seis de la mañana nos montamos en un helicóptero, si Dios quiere”.

El reglamento es para las de ruana

El adoctrinamiento al que son sometidos los jóvenes al ingresar a la guerrilla es poco ideológico o político. Tiene que ver ante todo con el rígido reglamento disciplinario que regulará todas sus actividades cotidianas. “El día del primer entrenamiento ya éramos 50 los reclutados. No nos dijeron nada, ni bienvenidos ni nada. Nos leyeron la disciplina a la que uno tiene que subordinarse, nos advirtieron de las cosas que nos podían pasar si no hacíamos caso”.

“Hoy tenemos que estudiar por enésima vez los documentos de las FARC. Repetir lo que se ha explicado treinta veces: qué es una formación; por qué tenemos que ser disciplinados; o mejor, explique por qué no se le permite dormir cuando está en guardia”, escribió Tanja en su diario.

De acuerdo con una reinsertada a quien se le impuso como castigo “por mostrarse desalentada” el cuidado de un secuestrado, era “difícil hallar a un guerrillero al que no hubieran castigado, al menos una vez, por romper cualquier norma de las FARC”.

Los métodos pedagógicos son peculiares. “Los días más aburridos eran aquellos en los que nos leían los manuales. Después tocaba explicar lo que decían y si uno no era capaz, lo castigaban. Si uno se quedaba dormido lo hacían dar vueltas en redondo del aula y todo el mundo se burlaba”.

Las reglas no siempre están claramente especificadas en los manuales ni son predecibles. “En una ocasión impusieron la norma de que las mujeres que tuvieran el período no cocinaban, por higiene”. A Machina, que rezongaba cuando la mandaban a cocinar, cada una de sus respuestas la iba “anotando el comandante en un papelito y así le arman un prontuario... Le tocó cavar 300 metros de trinchera, cargar 200 viajes de leña y cocinar durante 30 días para los guerrilleros”. Marta, quien manejaba la emisora de las FARC en su zona y se atrevió a criticar algunos abusos de los comandantes, fue amarrada a un árbol por tres días.

La holandesa recibió penas leves o le fueron condonadas faltas relativamente graves, como de consejo de guerra. La primera fue haber aprovechado el paso por un pueblo para usar un teléfono y llamar a su casa. Tanja se había ido al monte sin explicarles a sus padres. Se había limitado a enviarles una nota contándoles que se iba al campo a desarrollar una labor de educación a los campesinos y no aguantó la tentación de oír de nuevos sus voces.

La segunda, más delicada, fue la infracción continuada de consignar en su diario críticas a varios aspectos de la vida cotidiana en la guerrilla que, aunque escritos en holandés, quedaron expuestos al mundo cuando fue allanado

su campamento. “Qué aburrición... Tres meses dejé mi ropa afuera durante las noches y ahora me castigan por eso... No podemos fumar y hacerlo parece que es tan grave como estar al lado del enemigo... Es para enloquecerse y ya no quiero más de eso... La mujer del comandante es una categoría aparte acá. Ellas tienen ciertos privilegios, siempre tienen toda la información y a veces hasta dan órdenes. Ellas sí tienen permiso para tener hijos”. “¿Cómo será cuando estemos en el poder? ¿Las mujeres de los comandantes en sus Ferrari Testa Rossa, con tetas de silicona, comiendo caviar?”.

De no haber sido una mujer europea relevante para la opinión pública internacional, lo más seguro es que un desliz de ese calibre hubiese llevado a su fusilamiento. La periodista Jineth Bedoya, tras revisar a fondo los archivos de ‘Raúl Reyes’ y su correspondencia con el ‘Mono Jojoy’, opina que fue gracias a la intervención del primero que Tanja se salvó. Ni siquiera fue sometida a un consejo de guerra.

La familia es una de las razones que con mayor frecuencia se menciona como motivo para la desmovilización. “Algunos ex guerrilleros incluso cuentan sus años con las FARC o ELN en términos del número de navidades que pasaron sin ver a sus familias”. La situación más común es no poder reunirse nunca con los familiares. Es una de las partes consideradas más duras del reglamento dentro de la guerrilla.

Una ex guerrillera de las FARC relata que durante los dos años y medio que duró en la guerrilla, “no pude ver a mi familia, no me dejaban. Porque ellos saben que si uno ve a su familia se le mueve el piso”.

Pasaron 18 años en el monte para que Norbey, a quien “desde chiquito los papás lo habían entregado a la guerrilla”, pudiera tener noticias de su familia. Mandó llevarlos a Santander para verlos, pero viajaron sólo la mamá y el hermano. “Ellos le contaron que la guerrilla había matado al papá hacía siete meses en la finca donde vivían. ¡La misma guerrilla! Y él, dizque guerrillero”.

“La guerrilla me sacó de la casa de mis padres. Me fui sin despedirme de mi familia y nunca más la volví a ver”. Sólo después de 17 años y tras su desertión, Zenaida pudo volver a ver a sus padres. Cuando los encontró de nuevo “no los reconocí. Nos abrazamos y les dije que no se fueran a poner a llorar”. Cuando le preguntan al hermano si sabía que tenía una hermana guerrillera responde que todos creían que estaba muerta. “Yo al principio pensaba en ella, pero después uno se olvida”.

En los casos excepcionales en que se permite una visita, la comunicación entre las partes es precaria. “A los dos años, mi mamá se enteró de que había sido secuestrada

por las FARC. Después de muchos peligros, logró que la llevarán al campamento donde yo me encontraba. Cuando ella llegó, yo había sido violada el día anterior y había recibido una golpiza que me había desfigurado la cara. Como había aprendido a ocultar mis sentimientos, me vi obligada a mentirle a mi madre sobre la situación. Sabía que si le contaba, posiblemente las dos no saldríamos vivas ese día. Me tocó inventarme un cuento para explicarle mi estado y omitir lo que me había sucedido en realidad”.

Otra reinsertada de las FARC cuenta que “sólo una vez me dejaron ir a mi casa pero creo que era porque ellos sabían que ella (la mamá) no estaba... Un diciembre, mi mamá estuvo en el entradero, la entrada del campamento, que es cerca de mi casa, pidiendo que la dejaran verme y no pudo entrar”.

Una de las prerrogativas más inusuales que ha tenido Tanja en las FARC fue la autorización para reunirse con su madre en agosto del 2005, un momento en el que la situación estaba bastante difícil para la guerrilla. El propósito de la madre era rescatarla del supuesto secuestro al que estaba sometida. Tanja le había implorado varias veces a su comandante que le permitiera “ir a ver a sus padres, le decía que no soportaba su ausencia, le juraba que no cometería ningún error en el viaje y que regresaría muy pronto a las montañas”.

La situación se tornó dramática después de que Tanja habló por teléfono con sus padres. Regresó al campamento y le dijo a Lozada, el comandante, que no podría seguir mucho tiempo sin ver a sus padres. Este se comunicó con ‘Raúl Reyes’ para hablarle de la holandesa. Aunque el canciller de las FARC sabía de su presencia y le había mandado documentos para traducir, no conocía mucho su historia. Lozada hizo énfasis en el papel que en el futuro podrían jugar Tanja y sus padres en las relaciones internacionales y la imagen de la guerrilla. Se consideró que el viaje de Tanja a Holanda tenía muchos riesgos, pero el mismo Reyes dio el visto bueno para una visita de la señora Nijmeijer a su hija en las montañas.

Bombas en las milicias o en el monte con un pretendiente guerrillero

Tanja ingresó a las FARC sin saber manejar un arma y sus primeras dosis fuertes de adrenalina las tuvo poniendo explosivos con milicias urbanas. Antes de irse al monte participó en atentados con bombas a una estación de policía, dos grandes almacenes y Transmilenio. Sabía utilizar el bodegón y el gorro chino, dos explosivos artesanales de gran impacto. Fue con los compañeros de milicia que Tanja aprendió a manejar armas cortas. Los fines de semana la llevaban a las afueras de Bogotá para enseñarle a armar y desramar pistolas y hacer prácticas de tiro.

Muchas de las insurgentes aprendieron a usar un fusil antes de vincularse, en un polígono campestre entre juego y coqueteo con un instructor de la misma guerrilla.

En los grupos armados hay una alta proporción de jóvenes previamente entrenados en el manejo de armas. A veces, el asunto se inicia como diversión. “A los 12 años me gustaba llegar de la jornada de trabajo y ser parte de alguna de las bandas que teníamos con mis amigos: hacíamos pistolas con palos y caucheras, nos vengábamos de los que considerábamos nuestros enemigos y, a veces, dejábamos amarrado en un árbol a algún niño que nos cayera mal. Era un juego. Eso pensábamos, hasta que los ‘paras’ nos vieron e intentaron reclutarnos”.

De acuerdo con la encuesta de la FIP, en los varones se percibe una asociación negativa entre la pobreza y la experiencia con armas previa a la vinculación. Para las desmovilizadas, manejar armas antes de entrar al conflicto no depende de la riqueza salvo en el estrato más favorecido, donde la proporción es sustancialmente mayor. Más de la mitad de las mujeres y dos de cada tres de los hombres provenientes del quintil más alto manejaban armas antes de ser reclutados.

Una de cada tres desmovilizadas aprendió a usar armas antes de hacer parte del grupo ilegal. Las campesinas, en promedio, supieron disparar dos años antes que los varones. Y mientras para buena parte de ellos el inicio fue el servicio militar, la mitad de las mujeres de origen rural empuñó un arma por primera vez de la mano de un guerrillero. El gancho en las montañas de Colombia parece ser jugar a la guerra.

Estos datos son consistentes con una observación del portal periodístico Verdad Abierta “para ganarse la confianza de los niños, subversivos no mayores de 20 años los llevan por momentos al monte para adiestrarlos en manejo

de armas”. Por eso María, una madre de familia de la zona rural de Rovira, no quiere que sus hijos “cambien el lápiz y los cuadernos por el monte y los fusiles... Lo que más le preocupa es la atracción del cabecilla de la columna guerrillera hacia su hija”.

El abismo del postconflicto

La brecha que separa la ardua vida de las jóvenes farianas de la romántica y excitante trayectoria de Tanja, sin duda aumentará en el postconflicto. Al fin y al cabo, a pesar de lo diferentes que fueron los entornos sociales, económicos y familiares de la holandesa y las campesinas antes de vincularse a la lucha armada, su vida en el monte ha transcurrido básicamente dentro de la misma rutina y, salvo ciertas prerrogativas con el reglamento, unas y otra han soportado los mismos rigores y avatares de la vida clandestina en medio de la guerra.

Esta aparente similitud es transitoria. Para la holandesa el paso por la guerrilla colombiana se ha ido convirtiendo en un trampolín hacia una tal vez rutilante carrera política o en la burocracia internacional, mientras que para sus compañeras de lucha la metáfora más adecuada sería la del rodadero o despeñadero hacia una vida tan azarosa y precaria como la que llevaban de niñas al ser reclutadas por el grupo armado.

Desde el punto de vista estrictamente laboral y de acuerdo con lo que reportan las mujeres desmovilizadas en la encuesta de la FIP, su situación empeoró con el conflicto. Es mayor el porcentaje de las marginadas del circuito económico después de la desmovilización que antes de su reclutamiento. Aunque la encuesta no da mayores detalles sobre las condiciones bajo las cuales las mujeres trabajan como empleadas o en un negocio, su situación laboral no difiere sustancialmente de la de los desmovilizados varones. Cerca de la mitad de las mujeres y un porcentaje levemente inferior de los hombres consiguen un empleo, mientras que alrededor de la quinta parte –tanto ellas como ellos– terminan trabajando en un negocio propio.

“Soy mujer y he hablado con guerrilleras presas y son jodidísimas, muchas incluso más que los guerrillos. Tienen carácter, personalidad, son fuertes. O sea, de bobas no tienen un pelo, están bastante formadas y disciplinadas”, anota una comentarista a un artículo sobre las combatientes. Es probable que la sagacidad, el manejo del riesgo, el respeto a la autoridad mezclado con la ruptura de ciertos esquemas de subordinación y de estereotipos de género ayude a la reinserción laboral de las reinsertadas. Valdría la pena tratar de identificar los sectores económicos para los cuales sus habilidades de guerreras con una vida privada totalmente regulada, podrían ser un activo.

Es en el ámbito extra económico, y en particular en el de la vida de pareja, en donde se hacen palpables y se consolidan las diferencias por género que se fueron configurando a lo largo de la vida en el grupo armado. La principal dife-

rencia tiene que ver con la posibilidad que tienen los hombres, mucho más que las mujeres, de tener una relación de pareja por fuera del grupo armado, y por esa vía formar una familia no directamente vinculada a la guerra.

“Nos conocimos cuando yo estaba dentro de las auto-defensas y después de que nos desmovilizamos nos casamos y eso”, anota un ex combatiente de Barrancabermeja. “La espera de Penélope estaba reservada a las mujeres y madres de hijos e hijas de compañeros, quienes estaban por fuera del conflicto”, señala Vera Grabe sobre la asimetría de la vida de pareja en el M-19. No parece existir el equivalente masculino de Penélope, que espera que la guerrera vuelva a casa. Los hijos, en los casos excepcionales en los que se permite tenerlos a las mujeres, son de guerrilleros y terminan siendo entregados a familias de terceros para que los críen.

Para las mujeres reinsertadas las perspectivas pintan precarias, bastante más que para sus compañeros varones. No se conocen esquemas adecuados de reinserción a la sociedad que, en forma adicional a un empleo, dependen de reparar vínculos familiares y reinventar relaciones de pareja.

Marta señala que “por estas experiencias de abuso sexual siendo tan joven, aprendí a odiar a los hombres. Todos los días se veían muchos atropellos a los que nos sometían como mujeres, independientemente de nuestra edad... Aprendí que la mujer para los hombres de las FARC es un objeto sexual que sirve, además, para matar y para cocinar”.

Después de entrevistar paramilitares desmovilizados, Enzo Nussio anota que “para algunos ex combatientes y particularmente para las mujeres, la vergüenza es su legado emocional predominante. Esto está en parte relacionado con el sentimiento de haber descuidado obligaciones importantes hacia sus familias o sus novios”. Una ex combatiente de Barrancabermeja lo resume así: “para mí eso no es orgullo, para mí eso es vergüenza”.

Para Tanja Superstar, por el contrario, el porvenir luce glorioso. “Yo veo el futuro con mucho optimismo, estamos trabajando, educando a la gente, preparando la toma del poder... Estamos preparándonos como una guerrilla que en el futuro pueda dirigir el país... Aquí me moriré en esta selva o me verán en Bogotá en primera línea”, proclama entusiasmada en una entrevista.

En esa rutilante carrera postconflicto habrá menos bala pero no menos acción: política, mundo, admiradores cultos, entrevistas, biografías, películas. Ella lo presiente. Por algo en un mensaje a su familia canta “no llores por mí Argentina”, fungiendo de Evita, la amante del pueblo, de los descamisados.

Cómo empezar una nueva vida

Destetarse del conflicto

“Mi adicción es la pandilla”, le confesaba un marero salvadoreño a un periodista, revelando escuetamente una faceta de la violencia que no se discutirá en La Habana y es la de la dependencia adictiva, el enganche, que provocan las bandas violentas entre sus integrantes.

Robert Brenneman, sociólogo norteamericano, ha estudiado de cerca la conversión de los pandilleros centroamericanos en hermanos evangélicos. En uno de los mejores libros disponibles sobre maras y pandillas, describe las diferencias entre los pastores protestantes y la iglesia católica para enfrentar la violencia juvenil en la región. Los primeros carecen de personal capacitado y asalariado. No disponen de financiación oficial. Su fuerza se basa en contactos directos y habilidad para relacionarse con los vecinos y jóvenes del barrio. Los programas católicos, por el contrario, están inmersos en una gran burocracia. Las estrategias de rehabilitación de pandilleros difieren sustancialmente. Entre los evangélicos el desafío se descompone en una suma de pequeños logros individuales, como sacar a un marero concreto del grupo que opera en el barrio e impedir que vuelva a caer en la droga, el alcohol o la violencia. El objetivo de las intervenciones católicas es más vago y ambicioso: alterar las condiciones sociales que empujaron a los jóvenes a las pandillas.

El método de los evangélicos para recuperar mareros es similar al que se emplea en otros ámbitos para desintoxicar. Se busca el destete de la adicción, como gráficamente se denomina ese proceso en francés. La médula del programa de los doce pasos de Alcohólicos Anónimos, por ejemplo, es que al ingresar al grupo, con el apoyo de todos, empieza una nueva vida. Entre ex pandilleros convertidos, este afán es explícito en su voluntad de abandonar por completo la *vida loca*. El desafío es sin medias tintas: no se puede ser un poquito menos alcohólico o violento, toca dejar de serlo. “Salir de la pandilla es como si volvieras a nacer”.

Las negociaciones con las FARC en Cuba tienen un talante más católico que evangélico. Las trascendentales discusiones sobre cambios sociales opacan el punto crítico de la reintegración a la vida civil de combatientes que, reclutados cada vez menores, hace rato parecen mareros sin tatuajes. El país cuenta con varias cohortes de adictos al conflicto por las vías más tradicionales y tenaces: dinero, sexo, poder y a veces pura adrenalina. “Para mí fue la militancia más sollada, ¡porque pasábamos más bueno! A pesar de que en el ELN es muy alto el sentido de sacrificio, logramos hacer una militancia que no era alrededor del

sufrimiento y del dolor, sino del goce de encontrarnos, de saber que había otros parceros iguales en todo el país haciendo cosas... Era gozarse de estarle haciendo cagadas al sistema, y eso es una cosa que aún hoy me parece inmensamente placentera: ¡me parece que es delicioso hacerle cagadas a este sistema!”.

La mecánica de plenipotenciarios y equipos de apoyo en La Habana no permite vislumbrar cómo es que las disertaciones sobre desarrollo agrario integral contribuirán a que los violentos logren destetarse del conflicto o que las mujeres reclutadas e iniciadas sexualmente a la fuerza o en clara posición de subordinación vuelvan a sus regiones a restablecer vínculos familiares o a crear nuevos lazos afectivos. Es en esta dimensión no económica, sobre la cual existe tan poca preocupación y en donde son tan escasos el conocimiento y la experiencia –como abundantes y dañinos los prejuicios– en dónde son más críticas las diferencias por género.

Para ellas será más duro

Las perspectivas de reintegración de las mujeres combatientes son aún más difíciles de predecir que las de los varones enganchados al conflicto, pero pintan sombrías pues el comportamiento sexual y reproductivo de ellas fue más manipulado, regulado y por ende resultará más afectado por el conflicto que el de ellos.

María Eugenia Vásquez, en un trabajo con Donny Meertens, destaca “la estigmatización social de la que fueron objeto las ex combatientes por considerárselas doblemente transgresoras: por una parte, por haber infringido las normas de convivencia pacífica y haber ejecutado acciones violentas contra el establecimiento y por la otra, por haber ido en contra de los patrones de comportamiento establecidos para las mujeres”.

Todos los testimonios disponibles indican que afectiva y sexualmente las mujeres salen mucho más perjudicadas de las organizaciones armadas que los hombres. Las razones son tan simples como ancestrales: no es lo mismo ser violada que violar, no es lo mismo quedar embarazada que embarazar una compañera, no es lo mismo abortar forzosamente que ni siquiera enterarse de un retraso y no es lo mismo tener prohibido construir una familia que poder hacerlo, incluso estando activo dentro del grupo, como lo hace una fracción importante de los hombres.

Sobre las tres primeras diferencias no vale la pena extenderse en argumentos. Sobre la última, refiriéndose a sus compañeros varones del M-19, Vera Grabe anota que ellos pudieron encontrar “una manera de preservar y cuidar su familia y de resguardarla como su puerto y remanso, con

una compañera leal que criaba y cuidaba a los hijos e hijas”. Ella misma sufrió en carne propia la incompatibilidad, como mujer, entre la guerra y la familia al verse obligada a abortar por el mismo compañero que mantenía esposa y dos hijas en la ciudad.

Los datos de la encuesta apuntan en la misma dirección. Mientras que entre los varones reinsertados dos de cada tres logran conformar una pareja con una persona ajena al grupo armado, para las mujeres la fracción es apenas la mitad: tan sólo una de cada tres parece tener la posibilidad de formar una familia ajena al conflicto. Las demás se dividen por igual entre quienes no consiguen pareja y las que mantienen una relación, lejana, peculiar, tal vez compartida, con alguien de la organización ilegal.

Un trencito camuflado

En las maras centroamericanas el trencito es el ritual de iniciación de las jóvenes al volverse pandilleras: las violan en grupo. En el portal de la Mara Salvatrucha se explica que así como los hombres, para hacerse mareros, deben aguantar una golpiza, las mujeres “tienen que brindar servicios sexuales a los miembros masculinos de la banda. Después de un ritual así la chica es admitida y tiene que contar con más ataques parecidos”. Al ser minoría en la pandilla, quedan declaradas propiedad colectiva sin los problemas de rivalidades o búsqueda de exclusividad en la hiperactiva vida sexual del grupo.

Los mareros aceptan con descaro que compartir sus mujeres, incluso con no pandilleros a los que les cobran, es algo que hacen mientras llevan “la vida loca”. Al salirse de la pandilla y calmarse buscarán una “chavala decente” para tener sus hijos. El porvenir de las pasajeras del trencito por fuera de la mara es más complicado y azaroso. Es común que sigan en el oficio al que fueron inducidas no por misteriosos traficantes de mujeres sino por sus propios compañeros, los pandilleros proxenetas.

No conozco ningún caso de demanda judicial por violencia sexual por parte de una ex pandillera contra quienes, después del rito de iniciación, se convirtieron en compinches de aventuras y parranda. La aceptación social del trencito y la vida loca es tal que algunos académicos progresistas se las han arreglado para señalar que la pandilla es una vía para la liberación sexual de las mujeres.

La principal diferencia entre la vida sexual de las mareras y la de las guerrilleras es que para las primeras la explotación es explícita, aceptada y descarada. Las maras y pandillas no cuentan con una retórica ideológica para legitimarla, como ocurre en la guerrilla. Pero los principales rasgos son similares: inicio en situación de total indefensión de la mujer, alta

promiscuidad disfrutada y simultáneamente criticada por los hombres, prohibición de tener relaciones con personas por fuera del grupo –una restricción que no aplica a los hombres– y rechazo posterior a ese tipo de mujer, una simple socia o compañera de combate, en el momento de reintegrarse a la sociedad para formar una familia.

Aunque en las encuestas son pocas las reinsertadas que reportan haber sido violadas en la guerrilla, siendo tan niñas cuando las reclutaron queda la inquietud de si el camión en el que a algunas las recogieron, como a Marta o a Liliana, no era en realidad un trencito camuflado. Es fácil prever que la violencia sexual por hombres del mismo grupo no será uno de los capítulos más demandados de la justicia transicional. La violación inicial estará lejana en el tiempo y se habrá hecho difusa y confusa al haberse dado con compañeros o comandantes con los que la combatiente luchó después, o con algún miembro de la familia a la que quisiera volver.

Del cambuche a la casa

“La casa se cargaba en la espalda, de ese tamaño era la privacidad... Todo ser humano hace nido, llámese casa o cambuche, que permanece o se desarma todos los días y se lleva a cuevas como lo hace el caracol”. Es evidente que a las mujeres combatientes de carne y hueso, tan diferentes de Tanja, no se les podrá simplemente sugerir que vuelvan a sus casas, que ya se firmó la paz. No sólo porque, como acertadamente señala Vera Grabe, el concepto de casa en el monte es bastante peculiar, sino porque algunas de ellas se separaron de sus familias en términos desfavorables, a veces huyendo de los abusos o la represión, y es alta la proporción de las que no tienen buenas perspectivas para instalarse en una casa fija, para encontrar una pareja e iniciar una nueva familia.

Zenaida es una mujer atípica en la guerrilla colombiana pues se las arregló para tener dos hijos, que fueron la principal razón para que desertara. Restablecer la comunicación con ellos se convirtió en una ardua tarea. Con el mayor, el consejo que le dieron fue no ir “tan a la ligera”, mejor tratar de iniciar una amistad para irse conociendo y que luego él “la pudiera aceptar como mamá”. Cuando viajó a visitarlo, “me miró y nos saludamos como si nada, como si yo no fuera su mamá. Fue duro”. Días después hablaron por teléfono y ella le pidió perdón por haberlo abandonado. Con el menor, de cinco años, las cosas tampoco fueron fluidas: “traté de abrazarlo pero se me escondió. Ese momento fue muy duro”.

La mayor parte de las relaciones dentro de la guerrilla surgen en medio de la falta de información sobre el otro y la obvia desconfianza que eso genera. Así lo perciben tanto

la mujer de origen campesino como la rebelde universitaria. Zenaida cuenta cómo “desde el principio me dí cuenta de que en la guerrilla no se dice la verdad; un ejemplo de esto es el hecho de cambiarnos de nombre. Yo empecé a acos-tumbrarme a que me contaran mentiras y por esta razón nunca me atreví a preguntarle a Hermides por la familia”.

En el mismo sentido apuntan los recuerdos de Vera Grabe. “Todos los días nos encontrábamos con alguien que se volvía nuestro amigo sin que supiéramos su nombre ni nos importara saberlo. Nos enamorábamos de alguien cuya historia ignorábamos... No se prometía nada, no se preguntaba nada. Si no debías saber del otro, si no debías preguntar qué hacía, llegabas al extremo de no atreverte a preguntarle por sus sentimientos”. El dilema es claro: se opta por las relaciones y el sexo casuales y sin compromiso o se desafían las normas y la seguridad del grupo. “La intimidad implica romper silencios, conocerse, contar la propia historia... El amor era protector pero igualmente transgresor del secreto”.

Muchos años después de reinsertada, una amiga de Vera Grabe le reprochaba aún no haber perdido el vicio de la clandestinidad. Aceptando el reclamo, Vera lo veía claro en “la inmensa dificultad que me costaba hablar de mí, expresar lo que sentía y quería, contar cosas de mi vida. Si me preguntaban qué iba a hacer, a dónde iba, dónde estaba, me resultaba difícil contestar”.

Si la vida en la guerrilla deja tales secuelas en quien entró voluntariamente, bien educada, intelectual y emocionalmente madura, consciente de su decisión, que alcanzó posiciones de liderazgo en el grupo armado y al salir hizo públicas sus memorias, no es difícil imaginar los estragos del conflicto en quienes entraron tal vez forzadas o engañadas siendo niñas, perdieron su virginidad en manos de un total desconocido con autoridad militar sobre ellas, tuvieron dificultades para asimilar las razones políticas por las que luchaban, recibieron castigos arbitrarios por asuntos baladíes, tuvieron una vida afectiva y sexual como mínimo inestable y azarosa, les fue negada la posibilidad de ver a su familia y les estuvo vetada la construcción de una nueva, o de conocer algo o alguien por fuera del grupo.

Tampoco parece descabellado sospechar que esas secuelas se manifestarán con particular rigor no en el ámbito económico o laboral, sino en el restablecimiento de los vínculos familiares y la reinención de las relaciones afectivas para empezar una nueva vida.

El deseo de ser madre

Incluso las rebeldes universitarias con buenas perspectivas de actividad política o laboral pensaron con frecuencia

en la familia que tendrían, necesariamente al dejar de ser combatientes. Tania la Guerrillera se deleitaba pensando en los varios mulatitos que tendría con su compañero de lucha Ulises Estrada. Parecería redundante hacer énfasis en lo fundamental que resulta la familia en cualquier proceso de reinserción, pero vale la pena hacerlo, por ejemplo, transcribiendo en los términos de Vera Grabe la experiencia del M-19. “La familia fue, en medio de todo, lo perdurable: tanto la familia de origen como la que se construye... Cuando en 1998 se realizó una evaluación del proceso de reinserción, la absoluta mayoría de ex combatientes destacó, como uno de sus logros más apreciables, el reencuentro con su familia y la posibilidad de construir familia”.

En el mismo sentido, tras su trabajo con ex combatientes paramilitares, Enzo Nussio reitera que “tener una vida familiar estable es considerado por la mayoría de los ex combatientes como uno de sus principales logros... La familia es la red social natural y más importante para los ex combatientes”.

Zenaida señala cómo a toda costa se trataban de prevenir los embarazos y se pregunta por qué los esfuerzos resultaban infructuosos. “Tenían inyecciones, pastillas y otras cosas más, como dispositivos intrauterinos. Con todos esos métodos no sé cómo quedaba en embarazo tanta guerrillera”. Tras los fracasos de la contracepción y a pesar de que “a las que quedaban preñadas los mismos comandantes les mandaban sacar el bebé... algunas mujeres se callaban por seis meses o un poco más”.

Eso mismo hizo ella tras su segundo embarazo. Al sentir “los síntomas de embarazo, las ganas de vomitar, las náuseas, el mareo” se dijo “me voy a quedar callada porque aquí, si se dan cuenta, de una vez me hacen abortar, me sacan el bebé... Tengo que ocultarlo hasta que lo tenga. Sé que me lo van a quitar, como me quitaron al otro, pero al menos nace”.

Tener hijos en la guerrilla sin esconderlos es un privilegio reservado a ciertas mujeres. Olga Lucía Marín, comandante de las FARC, recuerda que disfrutó mucho el embarazo. “Me encantó sentir que mi hija se movía”. Tuvo que salir del monte para tener a su hija. “Descubrí la maternidad. Es lo más hermoso del mundo. Tal vez si la hubiera descubierto antes, habría tenido más hijos. Qué lindo era tener a mi hija en mis manos, tocarla”.

No sería prudente encasillar a las guerrilleras que buscaron por todos los medios tener hijos y que incluso desertaron por su deseo de formar una familia, dentro de las discípulas de Simone de Beauvoir y otras pensadoras aún más radicales, para quienes la maternidad es un artificio cultural impuesto. Sus historias son precisamente contra

ejemplos contundentes de esta teoría y muestran la terquedad de inclinaciones que resisten las prohibiciones, amenazas y la contracepción o aborto forzados.

“La añoranza de tener familia siempre está presente, tanto aquella de la cual se proviene como la que se construye o se quiere construir... Tarde o temprano, el deseo, natural o cultural, de ser madre aparecía”. Estas observaciones no provienen de un prelado o un político conservador sino de la comandante y madre Vera Grabe. Sugieren que una parte crucial de la reinserción de mujeres combatientes dependerá de sus posibilidades para optar por el “estereotipo” tradicional de la maternidad, tan menospreciado en ciertos círculos intelectuales.

Reconstruir la feminidad

Luego de sus entrevistas con reinsertados, Kimberly Theidon destaca la importancia de reconstruir la masculinidad de los antiguos guerreros como requisito para su adecuada resocialización. En esencia, sugiere desmilitarizarla. Es probable que el desafío de rehacer la masculinidad de los hombres que no combatieron, para que acepten o se relacionen con una mujer ex combatiente, sea aún mayor. Quienes siguieron con su vida deben ser menos abiertos a los cambios culturales. Al fin y al cabo, pensarán, las que llegan transformadas son ellas.

Igualmente complejo podría ser el desafío de alterar la feminidad de las mujeres que vuelven del conflicto. Si para los hombres la principal dificultad radica en el cómo se puede lograr eso, para ellas puede haber incluso desacuerdos en cuanto a la necesidad de hacerlo. No siempre las secuelas de la vida militar se perciben como un pasivo. En su tesis de grado de una universidad bogotana, una politóloga anota que “las FARC son un paso para la liberalización y la madurez femenina. Es decir, se rompe con los estereotipos tradicionales de lo femenino y lo masculino. La mujer que ingresa a las FARC deja de ser una mujer subordinada, maltratada, sin importancia, dedicada exclusivamente a las labores domésticas para convertirse en una mujer libre, importante como consecuencia de su rol dentro de la organización y con poder dado por el arma que porta”.

De cualquier manera, la experiencia de diálogos anteriores y en otros países sugiere que cuando los temas de género no se abordan desde el principio explícitamente, sobre todo por mujeres, luego quedan excluidos de la agenda y de los programas postconflicto. Este punto es crítico en Colombia para las futuras desmovilizadas, con alto riesgo de exclusión y discriminación.

Luego de varios talleres con excombatientes se encontró que la experiencia en la guerrilla puede ser un factor de

respeto para ellos pero de desprestigio para ellas. Los padres que se fueron a la guerra dejando a sus hijos regresan como héroes, las mujeres como madres que los abandonaron o, si las reclutaron de niñas, como mujeres promiscuas.

El rechazo es tan extendido que surge de donde menos se esperaría. Como lamenta una reinsertada “yo tengo amigas feministas y a veces trabajamos juntas, pero muchas veces no me siento cómoda porque hay algo allí, como un recelo y es súper sutil, es muy sutil... hay algo raro en ellas, como que no le perdonan a uno, yo no sé... Yo sí he sufrido la estigmatización de parte de las mujeres feministas, a ellas les parece pavoroso que uno haya estado en la guerra... hay un poco de ¡qué pereza las guerreras!”.

Referencias

- Álvarez-Correa Miguel y Julián Aguirre (2002). *Guerreros sin sombra. Niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado*. Bogotá: ICBF, Procuraduría General de la Nación.
- Borja, Jaime y Pablo Rodríguez (2011). *Historia de la vida privada en Colombia. Tomo II. Los signos de la intimidad. El largo siglo XX*. Bogotá: Taurus.
- Botero, Jorge Enrique (2011). *La vida no es fácil, Papi. La holandesa de las FARC*. Bogotá: Ediciones B.
- Brenneman, Robert (2012). *Homies Hermanos. God and Gangs in Central America*. Oxford University Press.
- Castro Caycedo, Germán (2011). *Más allá de la noche*. Bogotá: Planeta.
- Estrada, Ulises (2005). *Tania la Guerrillera y la epopeya suramericana del Che*. Mebourne, NY, La Habana: Ocean Press.
- Grabe, Vera (2000). *Razones de Vida*. Bogotá: Planeta.
- Grabe, Vera (2011). "El silencio del violonchelo", en Borja y Rodríguez (2011) pp. 204 a 231.
- Herrera, Natalia (2007). "Las mujeres como sujetos activos: Una aproximación desde el conflicto armado colombiano. El rol de la mujer guerrillera dentro de las FARC-EP". Trabajo de Grado. Departamento de Ciencia Política. Universidad de los Andes.
- Lara, Patricia (2000). *Las mujeres en la guerra*. Bogotá: Planeta.
- Londoño, Luz María y Yoana Nieto (2006). *Mujeres no contadas. Procesos de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia 1990-2003*. Medellín: La Carreta Social.
- Nussio, Enzo (2012). *La vida después de la desmovilización. Percepciones, emociones y estrategias de ex paramilitares en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Rueda, Zenaida (2009). *Confesiones de una guerrillera*. Bogotá: Planeta.
- Springer, Natalia (2012). "Como corderos entre lobos. Del uso y reclutamiento de niños, niñas y adolescentes para los propósitos del conflicto armado y la conspiración criminal en Colombia". Bogotá: ICBF – Mimeo.
- Theidon, Kimberly (2009). "Reconstrucción de la masculinidad y reintegración de excombatientes en Colombia". *Working Papers* 5. Bogotá: Fundación Ideas para la Paz.
- Tovar, Patricia (2006). *Las viudas del conflicto armado en Colombia. Memorias y relatos*. Bogotá: ICANH – Colciencias.
- Valencia, León y Liduine Zumpolle (2010). *Tanja. Una holandesa en la guerrilla colombiana*. Bogotá: Norma.
- Vásquez, María Eugenia (2005). *My Life as a Colombian Revolutionary*. Philadelphia: Temple University Press.
- PRENSA**
- BBC Mundo (2013). "La holandesa de las FARC defiende su política de la violencia". Enero 31. http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2013/01/130131_colombia_farc_entrevista_nijmeijer_men.shtml
- Barrero, Margarita (2012). "La lista negra de las niñas que no se podían enamorar de policías". *El Tiempo*, Marzo 19. http://www.eltiempo.com/justicia/ninas-en-medio-del-conflicto-colombiano_11385804-4
- Barrio, Facundo (2009). "La vida de Tanja antes de ser la cara de las FARC", *Perfil*, Noviembre 24 http://www.perfil.com.ar/ediciones/2012/11/edicion_730/contenidos/noticia_0040.html
- Friele, Robert-Jan (2012). "El Gobierno intenta convertirnos en culpables en vez de en víctimas. Tanja Nijmeijer, la holandesa guerrillera de las FARC explica los motivos que han conducido a los insurgentes a las armas". *El País*, Noviembre 24. http://internacional.elpais.com/internacional/2012/11/24/actualidad/1353778248_429402.html
- Ferrer, Isabel (2007). "El diario perdido de una guerrillera. Una joven holandesa relata sus vivencias dentro de las FARC en Colombia". *El País*, Septiembre 7. http://elpais.com/diario/2007/09/05/ultima/1188943201_850215.html
- Gámez, Pablo (2010). "Jojoy quiso eliminar a Tanja Nijmeijer". *Radio Netherlands*, Noviembre 10. <http://www.rnw.nl/espanol/article/jojoy-quiso-eliminar-a-tanja-nijmeijer>
- Hernández Mora, Salud (2012). "Las Farc mandan". *El Tiempo*, Julio 14. http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/saludhernandezmora/las-farc-mandan-salud-hernandez-mora-columnista-el-tiempo_12031123-4
- Hoyos María Paula (2013). "El papel de las mujeres en la guerra". *La Silla Vacía*, Febrero 7. <http://www.lasillavacia.com/historia-invitado/41299/mariaholes/el-papel-de-las-mujeres-en-la-guerra>
- Mahecha, Jahel y Ángela Rojas (2012). "Relato de una 'pisa suave'. Historia de los niños del conflicto". *El Espectador*, Julio 8. <http://www.elespectador.com/impreso/temadeldia/articulo-358120-relato-de-una-pisa-suave>
- Manrique, Francisco (2013). "¿Víctima o victimario? Otra cara del conflicto en Colombia". *Semana.com*, Marzo 28. <http://www.semana.com/opinion/articulo/victima-victimario-otra-caradel-conflicto-colombia/338319-3>
- Mackenzie, Eduardo (2012). "Tanja, la cara publicitaria de las Farc". *El Mundo*, Noviembre 21. http://www.elmundo.com/portal/noticias/gobierno/tanja_la_cara_publicitaria_de_las_farc.php
- Pascua Mejía, Manuel (2012) "Tanja Nijmeijer (a) 'Alexandra', el mejor spot para un producto caducado". *Diario Crítico*, Octubre 15. <http://www.diariocritico.com/opinion-analisis/manuel-pascua/420802>
- Phillips, Anne (2012). "Fighting Mad – Why Women Turn to the FARC– and How the FARC Turns on Them". *Foreign Affairs*, Junio 1. <http://www.foreignaffairs.com/articles/137672/anne-phillips/fighting-mad>
- RNW (2010). "Tanja, Don't cry for me Argentina". *Radio Netherlands Worldwide*. <http://www.youtube.com/watch?v=yWK3jy5VRRs>
- Rueda, María Isabel (2010). "Tanja, la holandesa de las Farc". *El Tiempo*, Agosto 15. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-4098427>
- Valencia, León (2010). "Íngrid Betancourt y Tanja Nijmeijer". *El Colombiano*, Septiembre 2. http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/l/ingrid_betancourt_y_tanja_nijmeijer/ingrid_betancourt_y_tanja_nijmeijer.asp
- Wallace, Arturo (2012). "La guerrillera holandesa que negociará por las FARC". *BBC Mundo*, Octubre 16. http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2012/10/121016_colombia_farc_perfil_tanja_holandesa_guerrillera_aw.shtml

Anexo 1

Principales resultados de la Encuesta a Desmovilizados

Antecedentes de la vinculación al grupo

En términos generales los grupos armados ilegales reclutan hombres y mujeres que provienen de familias con condiciones sociales y económicas similares. El 16% de las personas desmovilizadas encuestadas eran mujeres, siendo mayor la proporción de vinculadas a la guerrilla. Tanto en las FARC como en el ELN la participación femenina es mayor entre los desmovilizados de origen rural (23%) que urbano (28% y 29%). Entre los paramilitares la proporción de mujeres es menos de la mitad (9%) de la observada para los grupos guerrilleros y es levemente inferior para las de origen campesino (7%) que para las que provienen de las ciudades (10%).

Un índice de riqueza, construido a partir de las variables sobre calidad de la vivienda muestra una distribución no simétrica, con la moda situada a la derecha del valor medio, pero que es prácticamente la misma para los dos géneros.

Los distintos grupos armados, por el contrario, sí muestran cierta especialización en la población a la que dirigen sus esfuerzos de reclutamiento. Las FARC, por ejemplo, se localizan más en los estratos bajos mientras las AUC lo hacen en los más altos (Figura 1).

Existe una marcada diferencia en la distribución de la riqueza de las familias de los desmovilizados dependiendo de su origen rural o urbano. Los provenientes del campo se concentran en los niveles bajos mientras los de origen urbano se sitúan en los valores altos de la distribución (Figura 2).

El nivel educativo de los padres de los desmovilizados tampoco difiere mucho entre hombres y mujeres, ni se observan diferencias apreciables en la educación de la madre y del padre. Entre el 20-25% de ellos no tienen ninguna educación, un poco más de la mitad cuentan con primaria y una quinta parte con bachillerato o estudios superiores. Las FARC son el grupo para el cual el nivel educativo de los progenitores es menor: sólo el 12% de sus hombres cuenta con padres que tengan algo de bachillerato. En el otro extremo, en las AUC, una de cada tres mujeres viene de una familia en donde alguno de los padres hizo bachillerato (Figura 3).

El índice de riqueza construido es consistente con el nivel educativo familiar, la asociación entre las dos variables es diferente según el género y el origen urbano o rural de la familia. Para las mujeres que provienen del campo y los hombres de los sectores urbanos la relación es más nítida (Figura 4).

Casi la totalidad de los desmovilizados, tanto hombres como mujeres, abandonaron sus estudios antes de vincularse con algún grupo armado. Las razones para la desvinculación del sistema educativo, sin embargo, difieren sustancialmente por género. Para los hombres, por ejemplo,

FIGURA 1 DISTRIBUCIÓN DEL ÍNDICE DE RIQUEZA DE LAS FAMILIAS DE LOS DESMOVILIZADOS

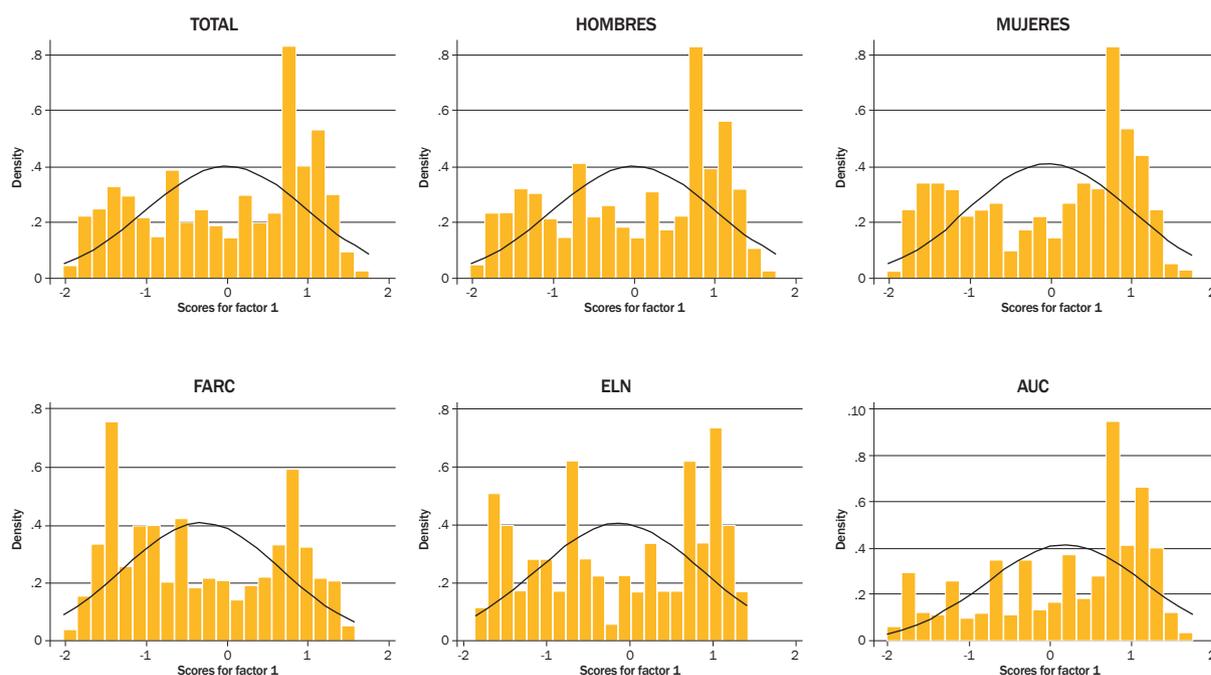
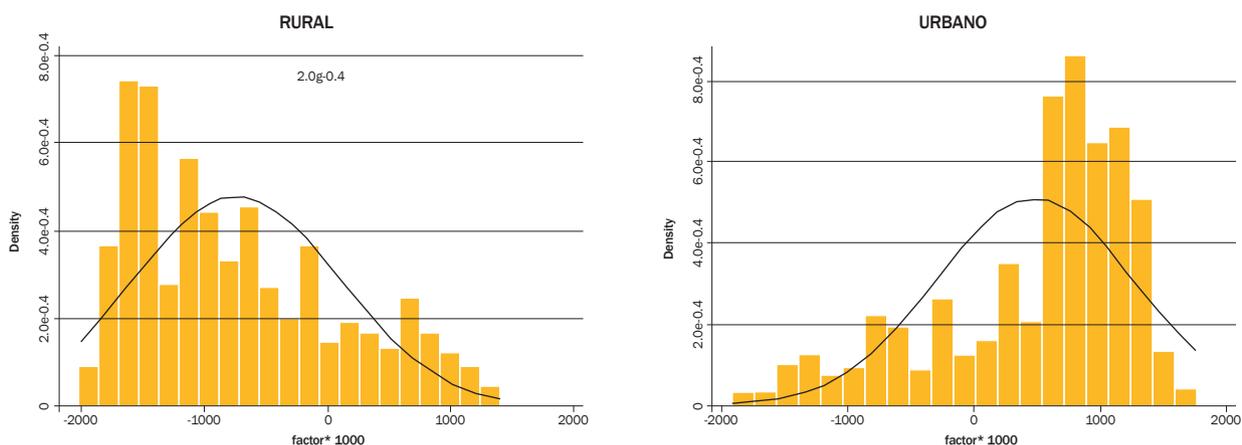


FIGURA 2

DISTRIBUCIÓN DEL ÍNDICE DE RIQUEZA SEGÚN LUGAR DE ORIGEN



son más importantes las razones económicas¹, aducidas por más de la mitad (52%) de ellos. Para las mujeres la cifra es del 30%. La proporción de quienes dejaron de estudiar simplemente porque se aburrieron es también mayor entre ellos (18%) que entre ellas (14%). Por el contrario, el porcentaje de

mujeres que reporta haber abandonado sus estudios para ingresar a un grupo armado es más del triple (22%) que entre los hombres (6%) (Figura 6 en la página siguiente).

No deja de sorprender que los desmovilizados provenientes de las zonas rurales, tanto hombres como mujeres, hagan menos referencia a las motivaciones económicas para haber abandonado los estudios. En el caso de los hombres las razones de la desescolarización no difieren mucho según el lugar de origen. Para las mujeres, es mayor la proporción de quienes reportan haber dejado sus estudios para vincularse a un grupo armado en el campo (28%) que en la ciudad (18%).

La proporción de hombres que aducen razones económicas para haber dejado de estudiar parece independiente del nivel de riqueza de la familia y sólo disminuye levemente en el quintil más alto. Para las mujeres, la asociación entre el indicador de riqueza y el abandono por motivos económicos es mucho más errática (Figura 7 en la página siguiente).

FIGURA 3

EDUCACIÓN DE LOS PADRES
% de quienes tienen papá o mamá con bachillerato o más

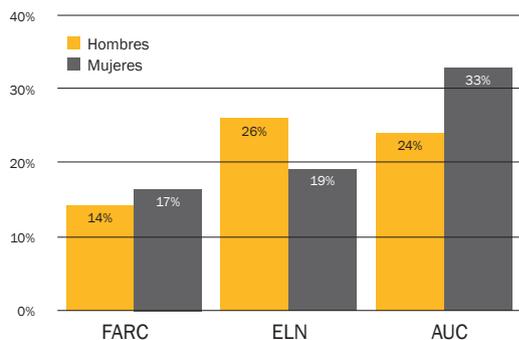
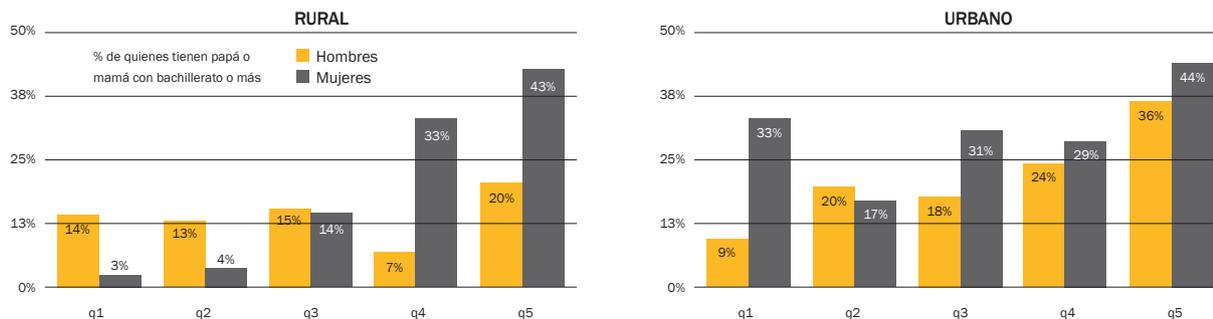


FIGURA 4

EDUCACIÓN DE LOS PADRES
según quintil del indicador de riqueza



¹ No podía pagar la pensión, la familia necesitaba ayuda o necesitaba ganar dinero.

FIGURA 6

RAZONES PARA ABANDONAR LOS ESTUDIOS

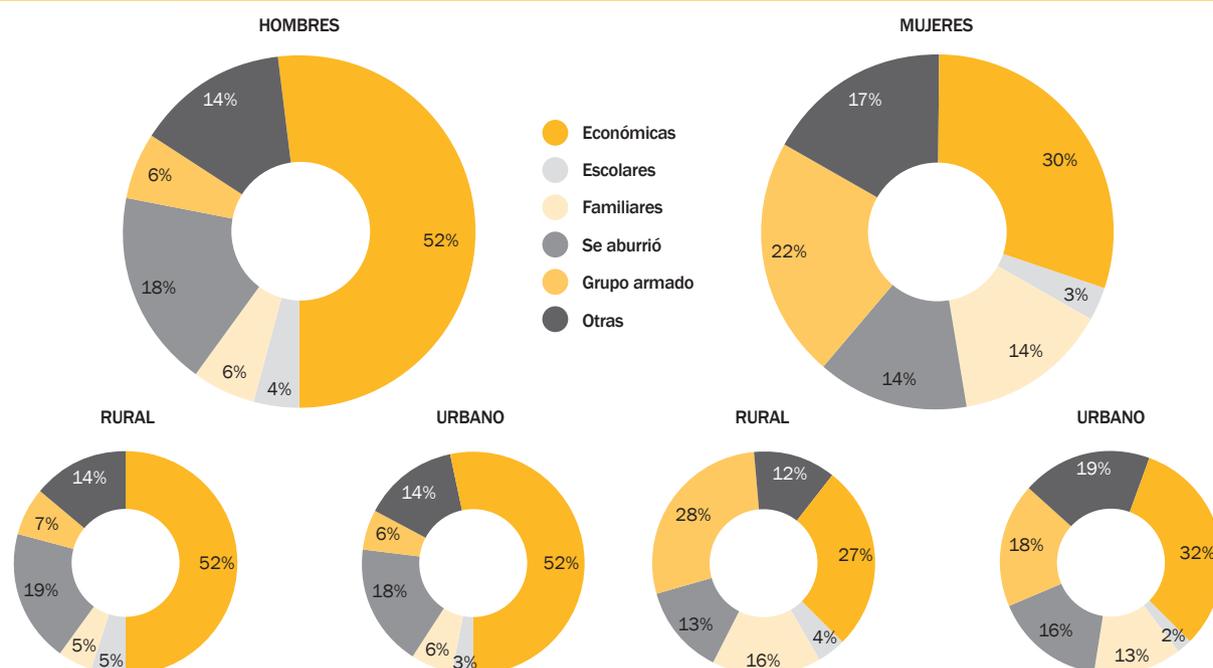


FIGURA 7

ABANDONO ESCOLAR POR RAZONES ECONÓMICAS

según quintil del indicador de riqueza

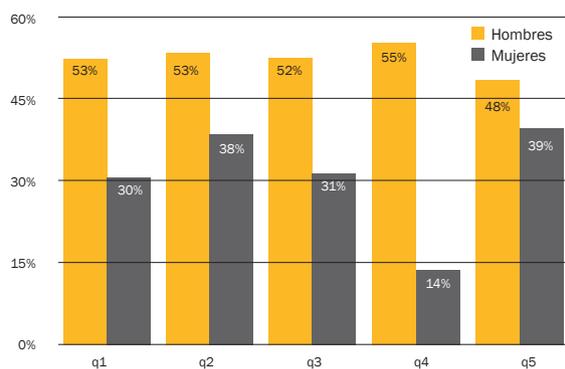
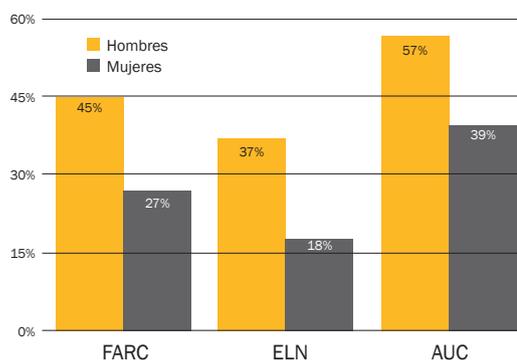


FIGURA 8

ABANDONO ESCOLAR POR RAZONES ECONÓMICAS

por grupos



La proporción de desescolarizados por razones económicas varía entre los distintos grupos. Para los hombres, en los paramilitares (56%) es mayor que en las FARC (46%) o el ELN (37%). Para las mujeres, las AUC es el grupo que más las acoge (39%) (Figura 8).

Los que se podrían llamar estudiantes guerreros, o sea quienes pasan directo del sistema educativo a un grupo armado y señalan que por esa razón dejaron de estudiar, se concentran en la guerrilla y en particular en el ELN. Un impresionante 42% de las “elenas” desmovilizadas reportan haber dejado de estudiar por vincularse directamente a ese grupo (Figura 9 en la página siguiente).

Para los hombres hay una asociación leve, en forma de U invertida, entre el abandono escolar motivado por la vinculación al conflicto y el indicador de riqueza. El máximo porcentaje (8%) se observa en el tercer quintil. Para las mujeres la asociación no muestra un patrón bien definido (Figura 10 en la página siguiente).

El 56% de los hombres y el 31% de las mujeres aprendieron a usar armas antes de ingresar a un grupo ilegal. Tanto para ellos como para ellas, los porcentajes son ligeramente mayores entre quienes provienen del campo. La edad promedio en que las mujeres aprendieron a usarlas (14) es más de dos años inferior a la de los hombres

FIGURA 9 ESTUDIANTES GUERREROS

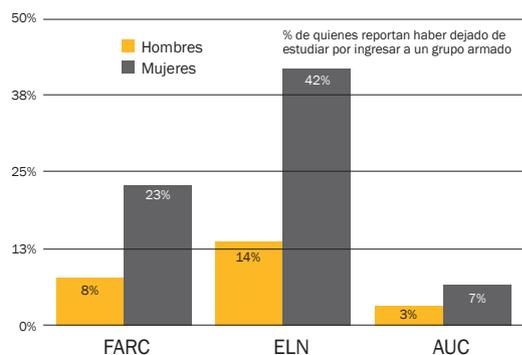


FIGURA 10 ESTUDIANTES GUERREROS según quintil del indicador de riqueza

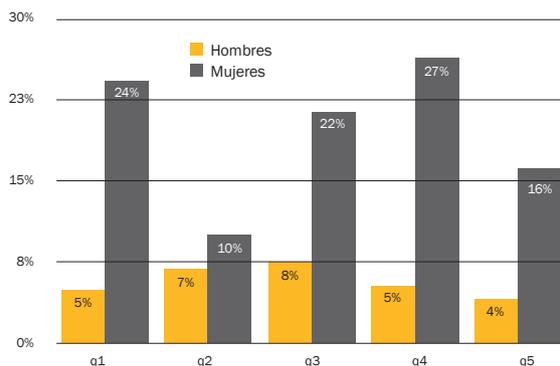
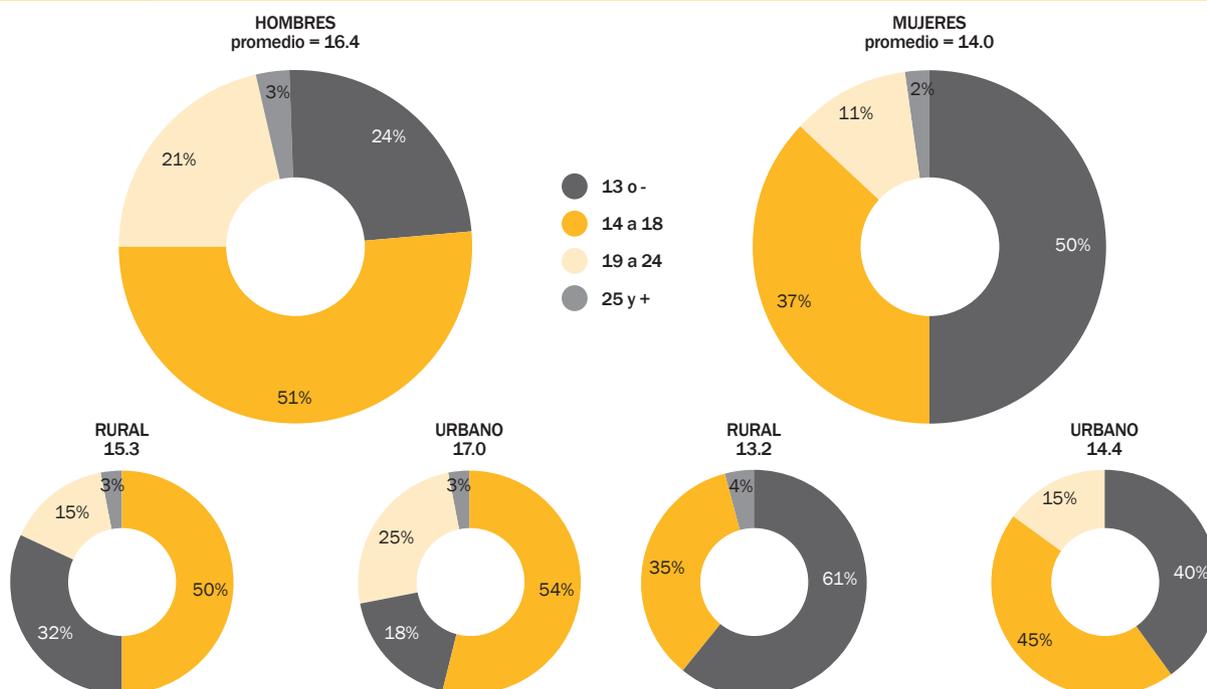


FIGURA 11 EDAD DE QUIENES APRENDIERON A USAR ARMAS ANTES DE VINCULARSE



(16). El uso más temprano de las armas entre las mujeres se observa tanto entre las de origen rural como urbano. Para las jóvenes campesinas, la edad promedio a la que aprendieron a usar las armas –entre quienes lo hicieron antes de su vinculación– es de un poco más de trece años (Figura 11).

Sobre todo para las mujeres, hay alta concentración de las previamente entrenadas en el uso de las armas en el quintil más alto del indicador de riqueza. Para los hombres la asociación entre riqueza y uso de armas antes de la vinculación es positiva. Para las mujeres es negativa en los cuatro primeros quintiles mientras que en el último aumenta sustancialmente. Más de la mitad de las mujeres y dos

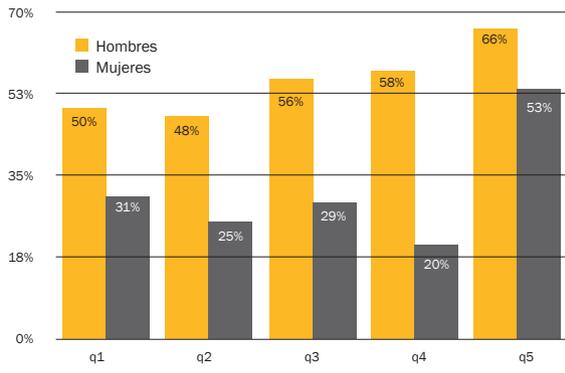
de cada tres de los hombres provenientes del quintil más alto, manejaban armas antes de su vinculación (Figura 12 en la página siguiente).

Son los grupos paramilitares los que concentran un mayor porcentaje de personas que ya sabían manejar armas en el momento de la vinculación, y la diferencia con la guerrilla es mayor para las mujeres (Figura 13 en la página siguiente).

Los grupos paramilitares son los que en mayor medida aprovechan el conocimiento en armas adquirido antes de la vinculación. Entre los hombres no sorprende el papel jugado por el Ejército, a través de quienes han prestado el servicio militar. Para las mujeres llama la atención el liderazgo de la

FIGURA 12

USO DE ARMAS ANTES DE VINCULACIÓN
por niveles de riqueza

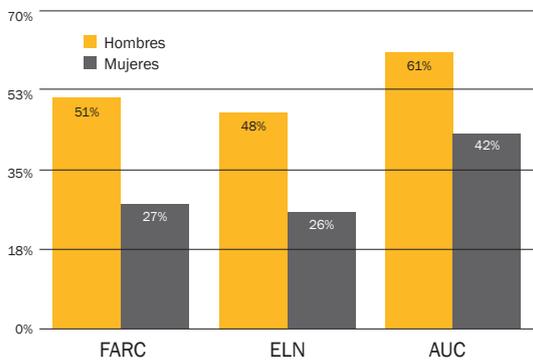


guerrilla en transmitir ese conocimiento: el 31% de las que sabían usar armas antes de ingresar a un grupo armado fueron discípulas de los subversivos. En las zonas rurales este porcentaje llega al 50%. Incluso entre los hombres que no prestaron el servicio militar el porcentaje de quienes aprendieron a usar las armas con la guerrilla (10%) es menor que para las mujeres en áreas urbanas (Figura 14).

En síntesis, estos datos sugieren que el acercamiento de los jóvenes a los grupos armados ilegales difiere entre hombres y mujeres. A pesar de que sus orígenes familiares y sociales parecen similares, existen diferencias que se empiezan a manifestar desde las razones para el abandono escolar o el aprendizaje en el uso de las armas.

FIGURA 13

USO DE ARMAS ANTES DE VINCULACIÓN
por grupo



Reclutamiento

Con relación al primer contacto con el grupo armado no se observan diferencias apreciables entre hombres y mujeres pero sí entre guerrilla y paramilitares. En particular, para las AUC tienen más importancia tanto los familiares o amigos ya en armas como la propia iniciativa de la persona desmovilizada. El contacto forzado o asociado al ataque a una localidad es siempre inferior al 9%, con la excepción de los hombres con el ELN (13%) (Figura 15 en la página siguiente).

El hecho de que la iniciativa de contacto provenga del grupo decrece con el indicador de riqueza. Esta sería una versión de las “causas objetivas” del conflicto por el lado de

FIGURA 14

CON QUIÉN APRENDIERON QUIENES USABAN ARMAS ANTES DE VINCULARSE

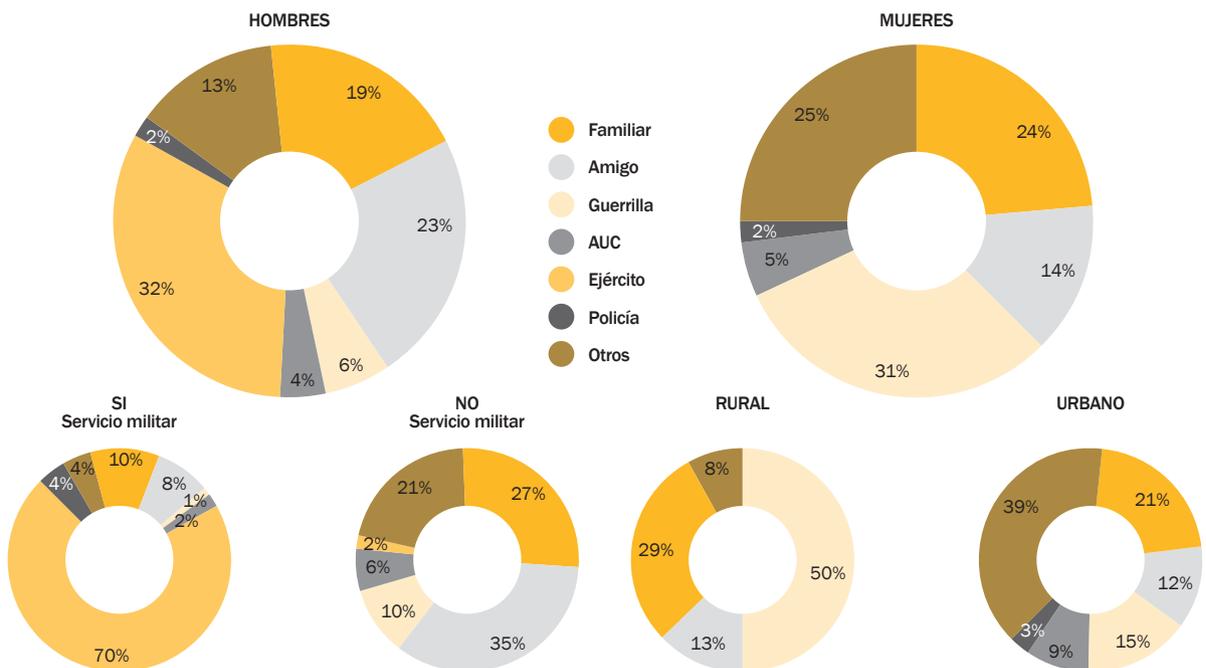
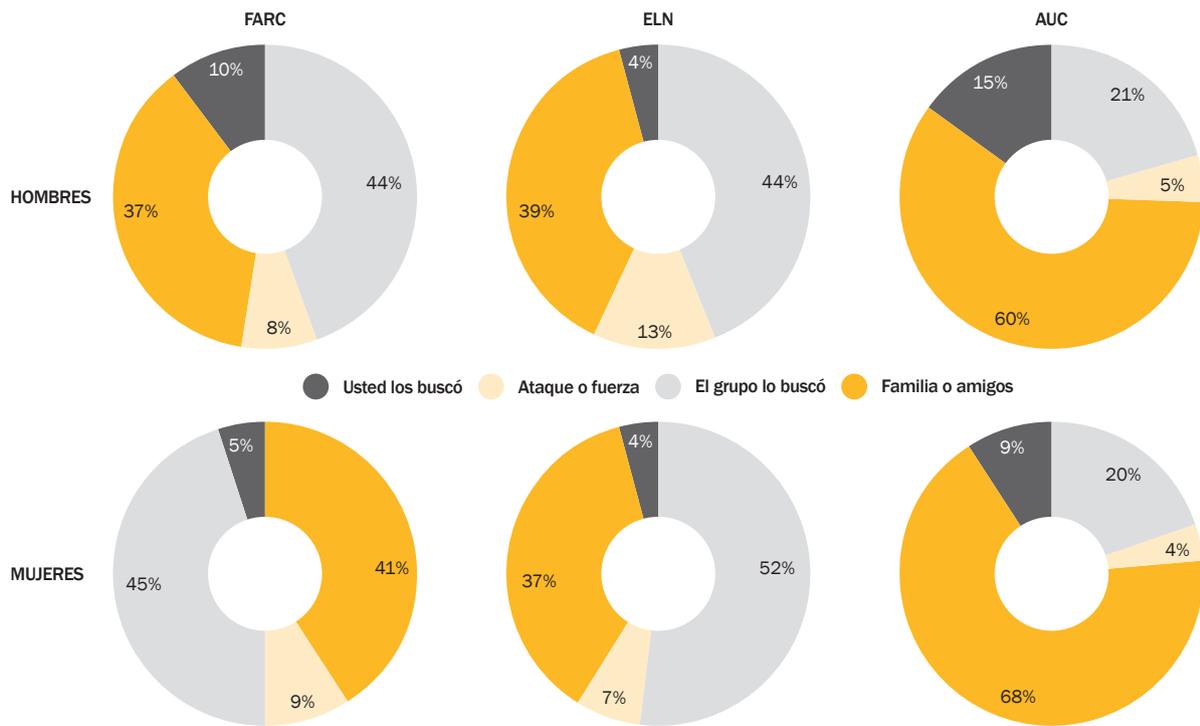


FIGURA 15

PRIMER CONTACTO CON EL GRUPO



las organizaciones que reclutan: a mayor nivel de riqueza menor probabilidad de que la iniciativa para el primer contacto salga del grupo (Figura 16).

Por el contrario, el hecho de que la aproximación con el grupo provenga de la persona desmovilizada o de su entorno (familia o amigos) muestra una asociación positiva con el indicador de riqueza de la familia. La relación es más

fuerte en las mujeres que en los hombres y se observa tanto para la guerrilla como para los paramilitares (Figura 17).

La edad de vinculación difiere sustancialmente entre hombres y mujeres, siendo mucho más temprana –casi cuatro años– para las primeras, que lo hacen en promedio antes de los 18 años, mientras que para los hombres es

FIGURA 16

PRIMER CONTACTO POR PARTE DEL GRUPO por niveles de riqueza

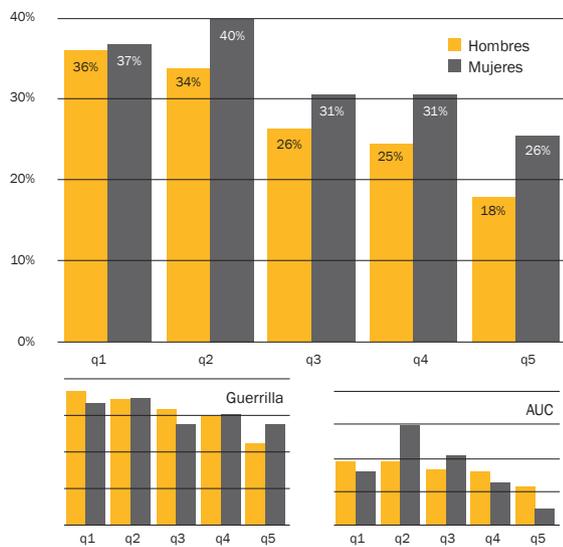
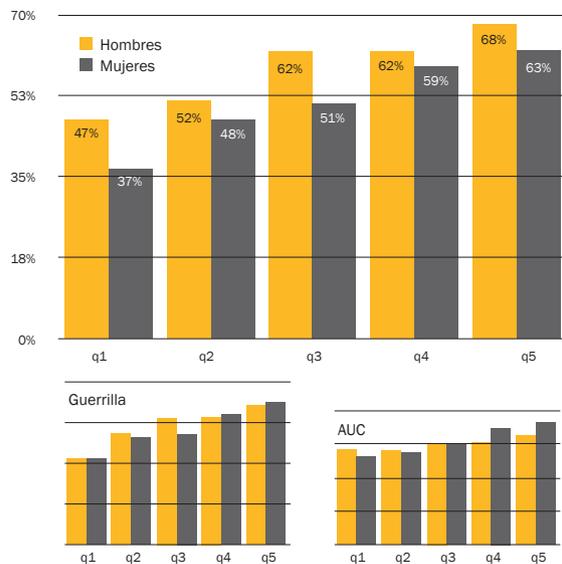
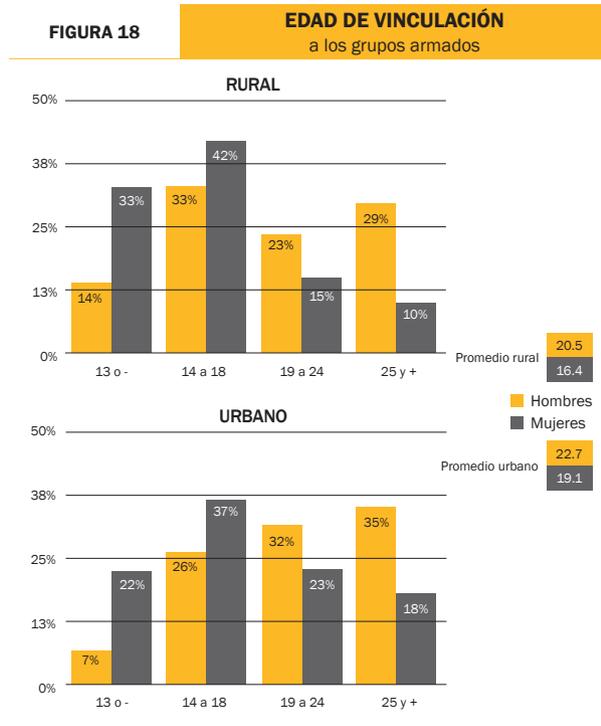


FIGURA 17

PRIMER CONTACTO POR LA PERSONA O SU ENTORNO por niveles de riqueza



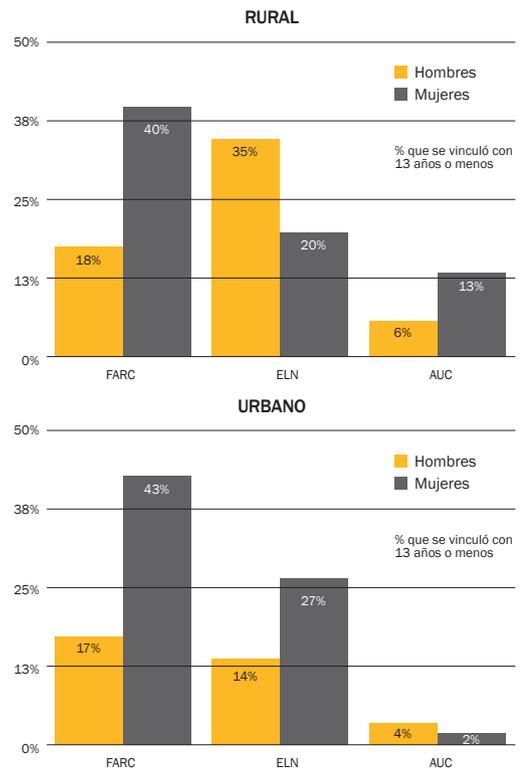
casi a los 22. Más del 27% de las mujeres se vincularon al grupo con 13 años o menos. Para los hombres la cifra respectiva es inferior al 10%. Es menor la edad de ingreso de quienes vienen del campo que los de la ciudad: dos años y medio para las mujeres y un poco más de dos para los hombres (Figura 18).



Es en las FARC en donde se concentra la mayor parte de las mujeres precozmente vinculadas al conflicto. Más de cuatro de cada diez de las desmovilizadas de las FARC militaban en esa organización desde niñas. Para el ELN y las AUC el reclutamiento de pre-adolescentes es menor y más equilibrado entre hombres y mujeres. En la guerrilla y para las mujeres, la vinculación urbana de pre-adolescentes es más importante que la rural (Figura 19).

El 5% de quienes se desmovilizaron lo hicieron de un grupo diferente al cual se habían vinculado inicialmente. La proporción de hombres que cambian de grupo (5.5%) es más del triple que la de mujeres (1.8%). La vinculación precoz (antes de los 13 años) tiene un efecto distinto sobre la fidelidad al grupo entre hombres y mujeres. Mientras que para los primeros la proporción de quienes abandonan el grupo original es levemente mayor entre los reclutados antes de los 13 años (7.6% contra 5.3%), en las mujeres el efecto es el contrario: ninguna de las que ingresaron al grupo antes de su adolescencia reportan haberse cambiado. El origen urbano o rural de los combatientes no afecta la decisión de cambiar de grupo.

FIGURA 19 **VINCULACIÓN PRECOZ POR GRUPOS**



La percepción de lo que sacrificaron de su vida anterior por entrar al grupo armado es prácticamente la misma en hombre y mujeres. Dos de cada tres de los reinsertados mencionan factores relacionados con la familia. Lo que se reporta como sacrificio por haberse vinculado al conflicto no difiere mucho según el origen rural o urbano del combatiente (Figura 20).

FIGURA 20 **LO QUE SACRIFICÓ POR ENTRAR AL GRUPO**

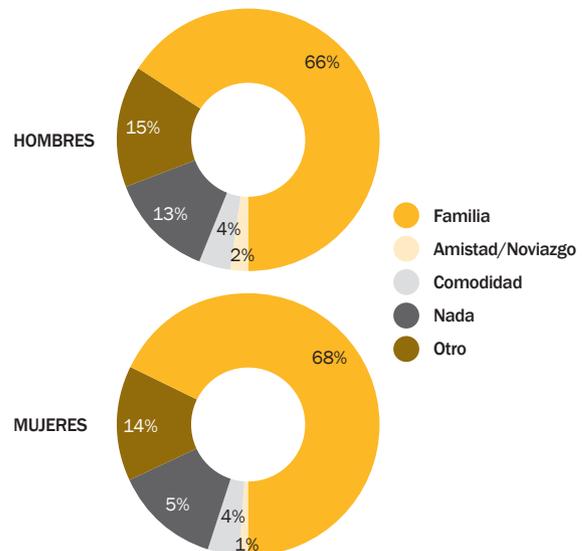
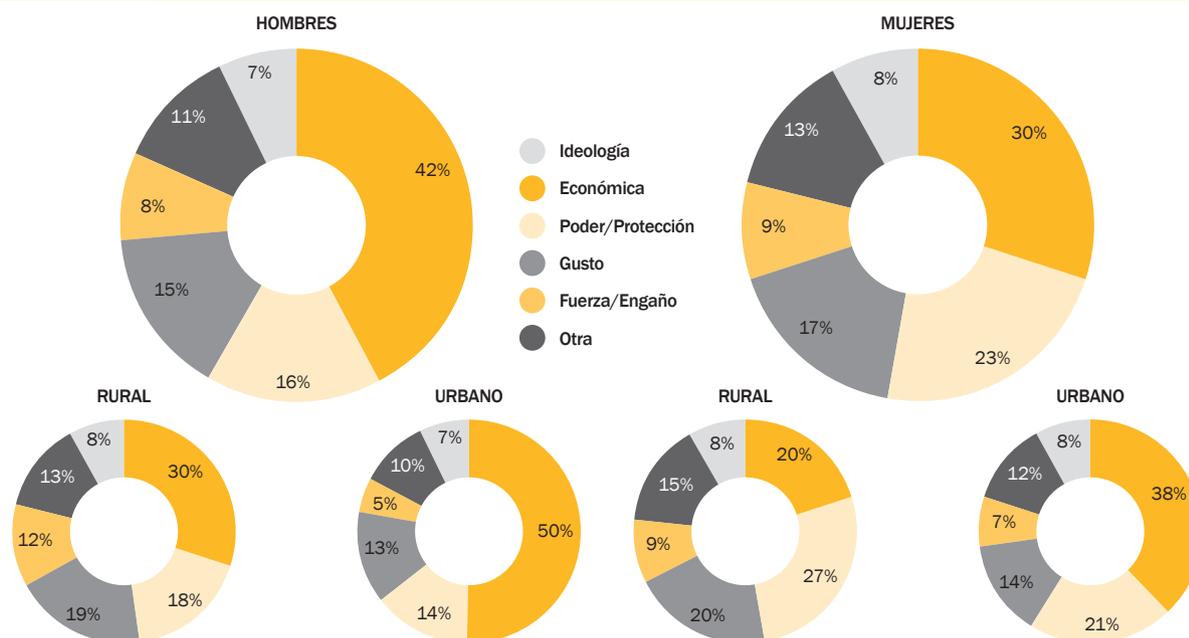


FIGURA 21

PRINCIPAL RAZÓN PARA ENTRAR AL GRUPO



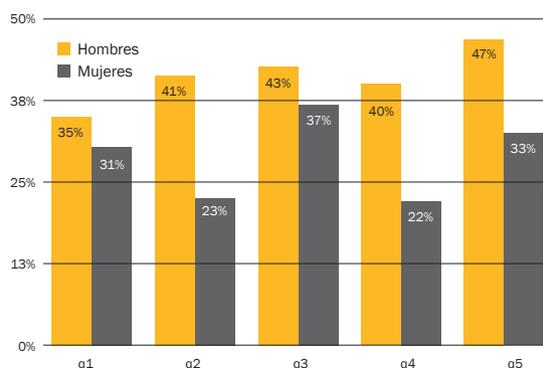
Con respecto a la principal razón aducida para ingresar al grupo armado sí se observan dos diferencias entre hombres y mujeres: ellos mencionan más las razones económicas mientras que ellas las relacionadas con el poder y la protección. Por otra parte, los determinantes económicos de la vinculación son más mencionados por los combatientes de origen urbano que por los provenientes del campo, tanto hombres como mujeres. Entre estos últimos, no es despreciable el número de personas –una de cada cinco– que mencionan como principal razón para ingresar al grupo el simple gusto de hacerlo² (Figura 21).

La relación entre las motivaciones económicas para ingresar al grupo y el indicador de riqueza de la familia no es como se podría esperar. Entre los hombres hay una leve asociación positiva –a mayor riqueza mayor mención de tales razones– y entre las mujeres no parece haber ninguna asociación (Figura 22).

La búsqueda de poder y/o protección como principal razón para ingresar al grupo difiere entre géneros no sólo por su importancia relativa sino por su naturaleza. Los hombres, mayoritariamente, mencionan la búsqueda de venganza mientras que las mujeres anotan que vieron en el grupo armado un refugio contra la violencia doméstica. También son significativas las diferencias dependiendo del lugar de origen de los desmovilizados. La

FIGURA 22

RAZONES ECONÓMICAS PARA VINCULACIÓN por niveles de riqueza



mención de la venganza es más frecuente en las personas de origen rural, tanto hombres como mujeres. Para estas últimas, además, el problema de la violencia doméstica aparece particularmente acucioso (Figura 23 en la página siguiente).

Entre quienes ingresaron al grupo armado por cuestiones emotivas se observan diferencias por género. Para los hombres, una razón importante es el gusto por las armas. Las mujeres a su vez invocan la aventura o los asuntos amorosos y de amistad (Figura 24 en la página siguiente).

² “Creía que sería una aventura” o “sus amigos/familiares ingresaron” o “gusto por las armas” o “razones amorosas/amistad”.

FIGURA 23

BÚSQUEDA DE PODER/PROTECCIÓN
como razón para vinculación

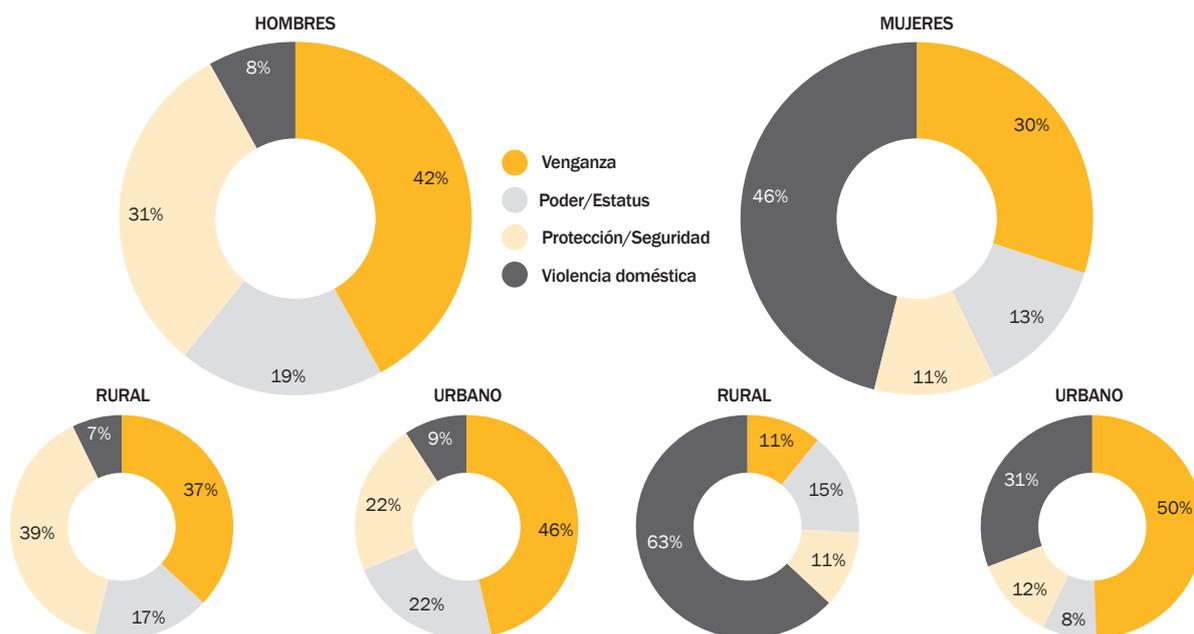
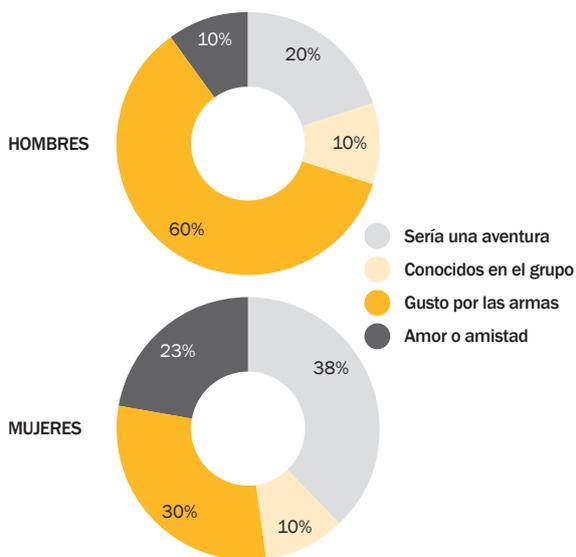


FIGURA 24

RAZONES EMOTIVAS PARA ENTRAR AL GRUPO



La vinculación por este tipo de razones es frecuente entre los más jóvenes, sobre todo cuando se trata de los hombres. Hay una leve asociación negativa con el nivel económico de las familias. La guerrilla acoge más estos jóvenes que los grupos paramilitares y el ELN resulta más atractivo para las mujeres que las FARC (Figura 25 en la página siguiente).

El 49.6% de las mujeres y el 41.9% de los hombres reportan haber sido castigados durante su permanencia dentro del grupo.

Remuneración económica en el grupo

Dos de cada tres mujeres y cuatro de cada diez hombres no recibían ninguna remuneración monetaria por parte del grupo del que se desmovilizaron. Para los que recibían algo, la modalidad más común era un pago mensual. Entre los desmovilizados de origen rural se concentran quienes no percibían un pago monetario: 56% de los hombres y 80% de las mujeres. Incluso entre las mujeres desmovilizadas provenientes del área urbana, que en un 40% recibían un salario mensual, la mitad no recibía ninguna remuneración (Figura 26 en la página siguiente).

El no ofrecer ningún tipo de remuneración a los combatientes es una práctica más común en la guerrilla que en los grupos paramilitares. Además, sorprende encontrar que la proporción de las personas no remuneradas decrece con el indicador de riqueza de las familias³, siendo la asociación negativa más clara entre las mujeres: el 80% de las del primer quintil del indicador de riqueza no recibían un estipendio fijo contra un 53% en el rango superior (Figura 27 en la página siguiente).

Para quienes obtenían una remuneración mensual, el monto promedio no difiere mucho entre mujeres y hombres

³ Esto ocurre tanto para el conjunto de grupos armados como para la guerrilla.

FIGURA 25

RAZONES EMOTIVAS PARA VINCULACIÓN
por edad, nivel de riqueza y grupo

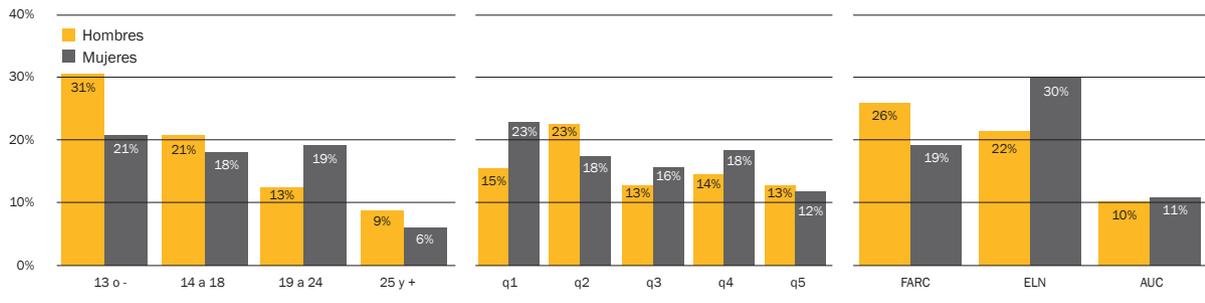


FIGURA 26

¿RECIBÍA ALGUNA REMUNERACIÓN?

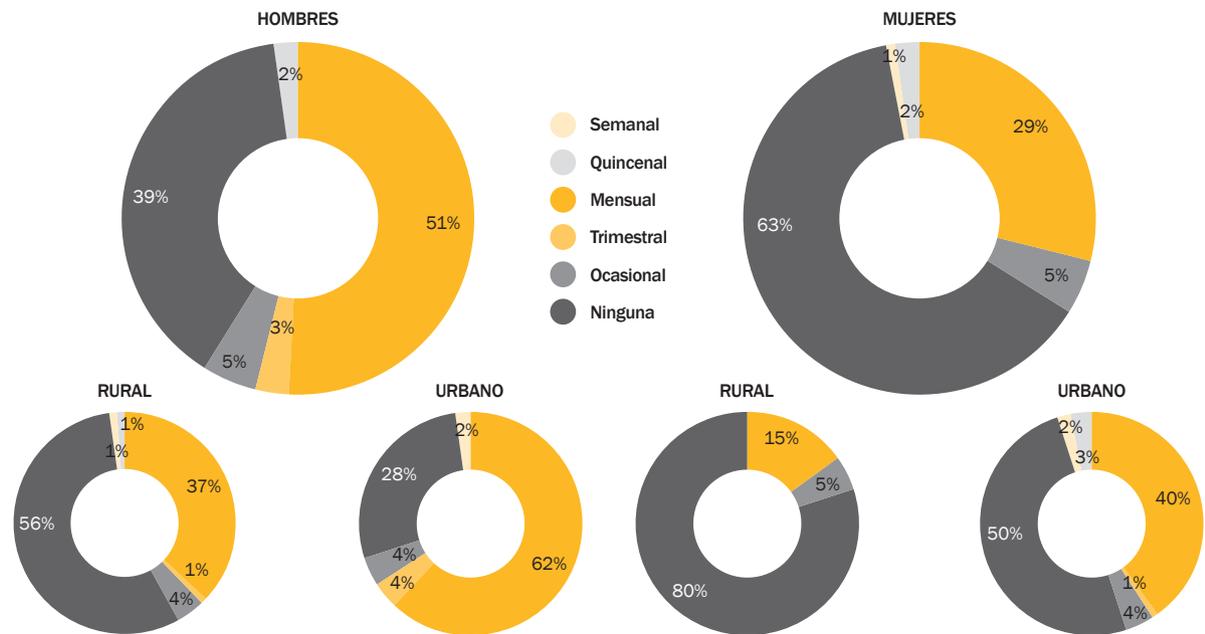
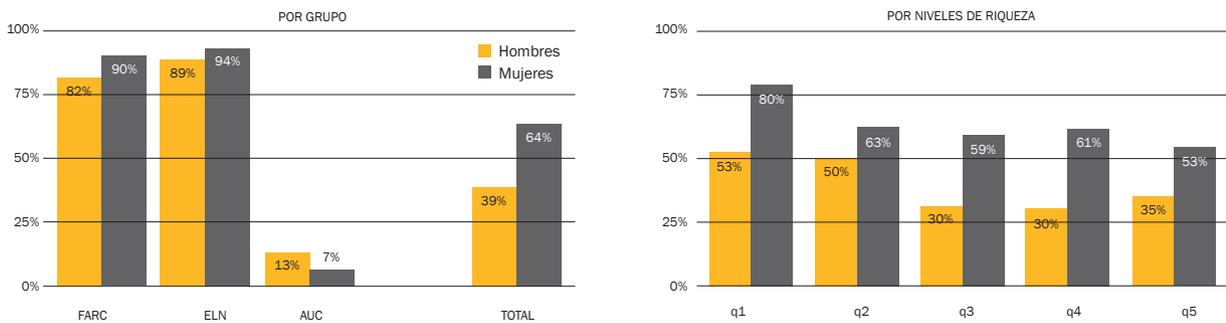
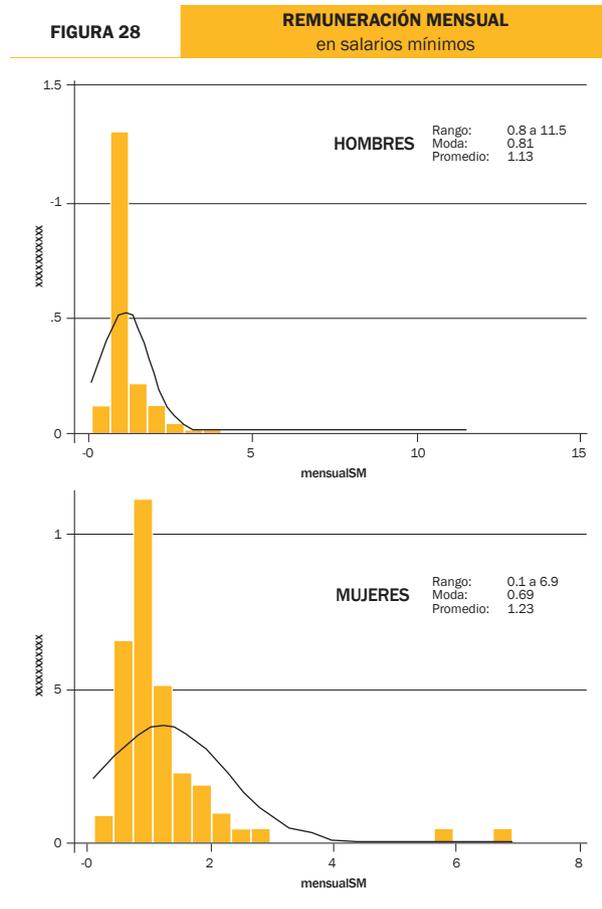


FIGURA 27

NO REMUNERADOS

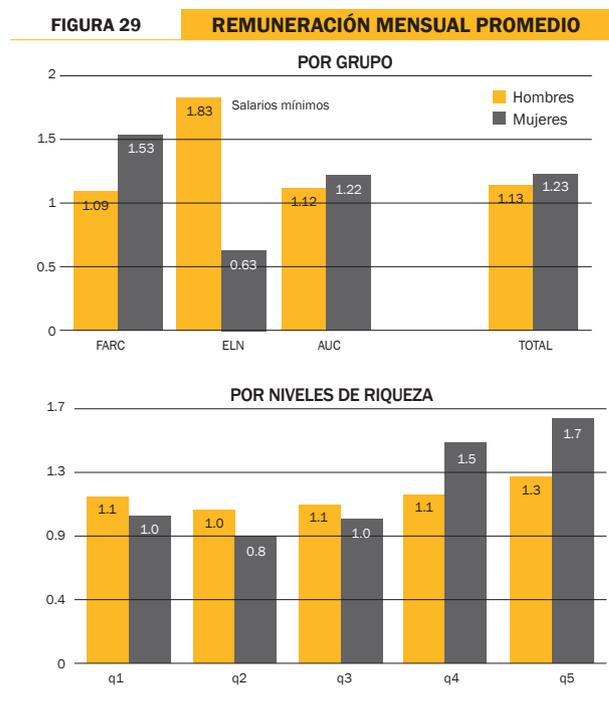


siendo incluso levemente superior entre las primeras (1.23 salarios mínimos⁴ contra 1.13). Para los hombres la distribución tiene un mayor rango de variación pero está más concentrada en la moda, que a diferencia del promedio es un 17% superior a la de las mujeres (Figura 28).



La remuneración mensual promedio varía considerablemente entre grupos. El ELN se destaca no sólo por pagarle a sus hombres un 50% por encima del promedio total de los desmovilizados sino por asignarle a sus mujeres una suma mensual muy inferior a la de los demás grupos⁵. La brecha en el pago promedio entre géneros en este grupo es de casi tres a uno a favor de los hombres. En las AUC la diferencia es de apenas el 10%.

También sorprende que a mayor nivel relativo de riqueza de las familias, la remuneración mensual recibida por los



combatientes es mayor. Este sistema de pagos, que refuerza la inequidad anterior al reclutamiento, es más marcado con las mujeres: se les paga más a las que provienen de hogares con menos dificultades económicas (Figura 29).

Los hombres que han cambiado de grupo reciben una remuneración promedio superior (23%) a los que han permanecido en el mismo grupo por el que fueron reclutados. En las mujeres parece ocurrir lo contrario⁶.

Reuniones políticas e ideológicas

Las mujeres reportan haber asistido con mayor frecuencia a reuniones de carácter político o ideológico dentro del grupo. Una de cada cuatro lo hacía diariamente y dos de cada tres iban por lo menos a una al mes. Entre los hombres las cifras respectivas son uno de cada ocho y menos de la mitad (Figura 30 en la página siguiente).

El mayor adoctrinamiento político a las mujeres se observa sobre todo en el ELN y se asocia negativamente con el indicador de riqueza familiar (Figura 31 en la página siguiente).

Ni para los hombres ni para las mujeres se percibe una asociación nítida entre la frecuencia de reuniones políticas y la remuneración mensual recibida.

⁴ Para convertir los valores en pesos corrientes a Salarios Mínimos se tomó el valor del 2007, (\$433.700), año anterior a la realización de la encuesta. <http://www.gerencia.com/historico-del-salario-minimo-y-del-auxilio-de-transporte-en-colombia.html>

⁵ Se debe recordar que para el ELN estas proporciones están basadas en un número pequeño de observaciones: 8 hombres y 2 mujeres.

⁶ Para las mujeres es difícil concluir por el número reducido de quienes han cambiado de grupo.

FIGURA 30

REUNIONES POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS
frecuencia con las que asistía

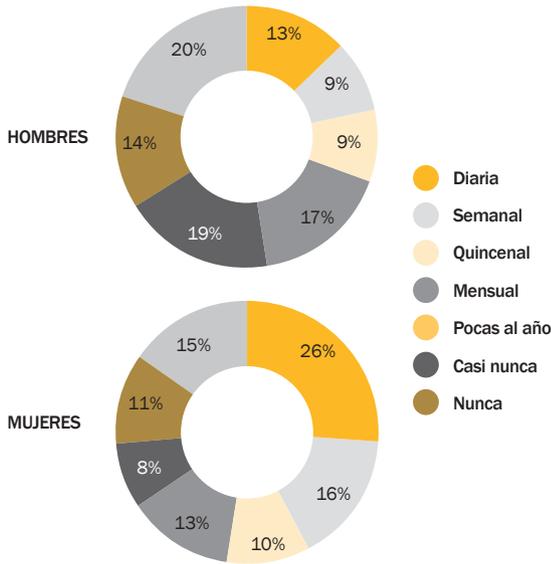
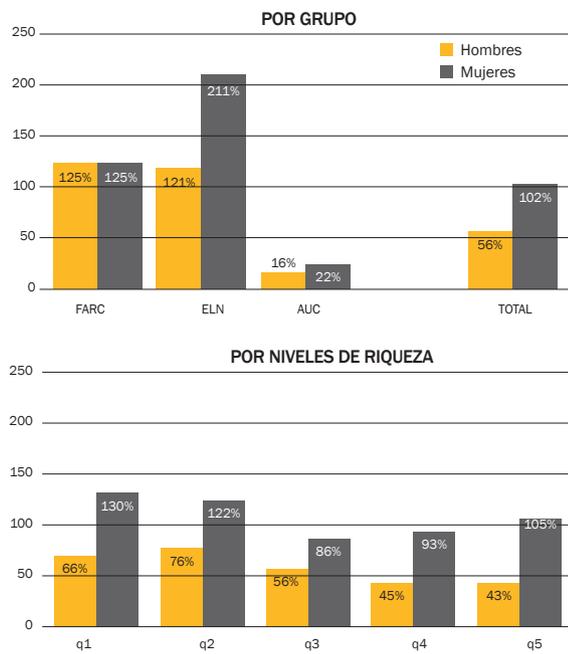


FIGURA 31

REUNIONES POLÍTICAS O IDEOLÓGICAS
promedio de veces al año

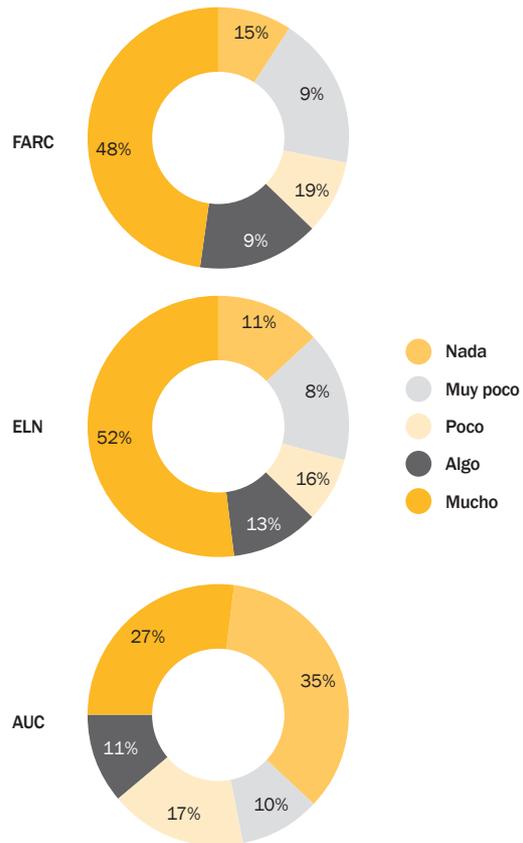


La sensación de sentirse asediado por la fuerza pública antes de la desmovilización no difiere entre hombres y mujeres, pero sí entre los distintos grupos, siendo mucho menor la percepción de amenaza entre los paramilitares que entre los guerrilleros (Figura 32).

La sensación de mucho asedio por la fuerza pública decrece con el indicador de riqueza de las familias, siendo

FIGURA 32

¿QUÉ TAN ASEDIADO SE SENTÍA POR LA FUERZA PÚBLICA?
antes de la desmovilización



esta asociación particularmente marcada entre las mujeres guerrilleras. Mientras en el quintil más bajo la mitad de ellas se sentían muy amenazadas por las autoridades, en el nivel más alto la proporción se reduce a la cuarta parte (Figura 33 en la página siguiente).

El 39% de los hombres y el 30% de las mujeres sintieron que, en el frente que se desmovilizaron, en algún momento iban a ganar la guerra. Las diferencias globales entre grupos no son dignas de mención, pero si las discrepancias entre hombres y mujeres al interior de una de las organizaciones. En efecto, el ELN se destaca por el hecho que allí militaron los reinsertados que se sintieron más victoriosos junto con la menor proporción de mujeres que pensaban poder ganar la guerra (Figura 34 en la página siguiente).

Para los hombres, el sentir alguna vez que en el frente del que se desmovilizaron podían ganar la guerra depende negativamente del asedio de la fuerza pública. Para las mujeres la asociación es menos nítida. En particular hay un grupo de escépticas sobre la victoria aún entre quienes no se sintieron perseguidas por las autoridades (Figura 35 en la página siguiente).

FIGURA 33

SENSACIÓN DE MUCHO ASEDIO POR LA FUERZA PÚBLICA
por quintiles del indicador de riqueza

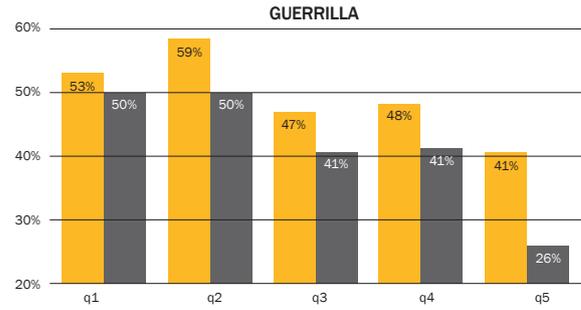
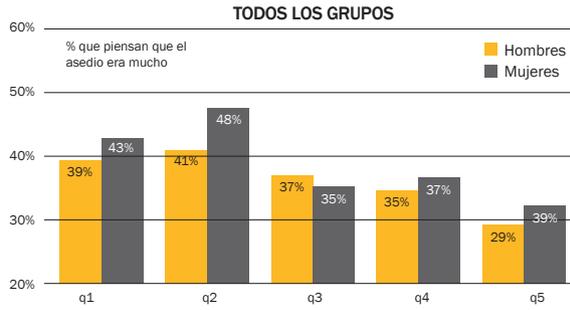
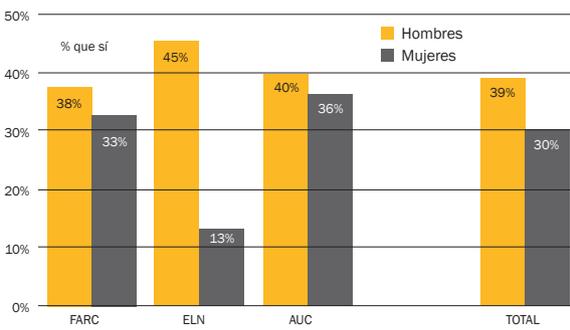


FIGURA 34

¿PENSÓ QUE PODÍAN GANAR LA GUERRA?
por grupos



ron vírgenes a la organización, una mayoría (56% mujeres y 58% hombres) lo hicieron antes de los 13 años. En promedio, las mujeres provenientes de zonas rurales iniciaron su vida sexual un año antes que sus congéneres urbanas. Para los hombres la diferencia es inferior a medio año.

FIGURA 36

EDAD DE LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL

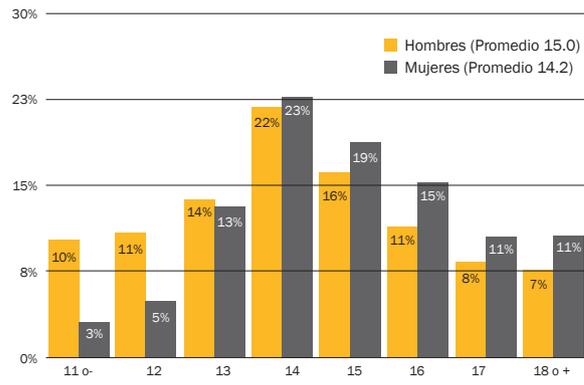


FIGURA 35

¿PENSÓ QUE PODÍAN GANAR LA GUERRA?
según que tan asediado se sentía por la Fuerza Pública

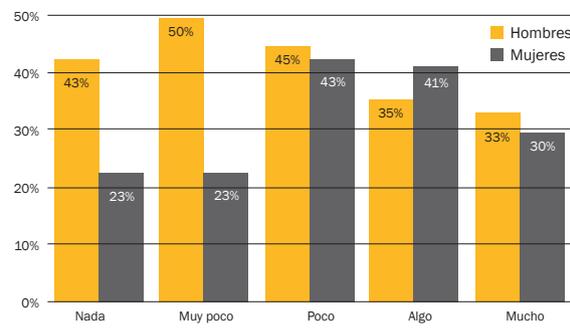
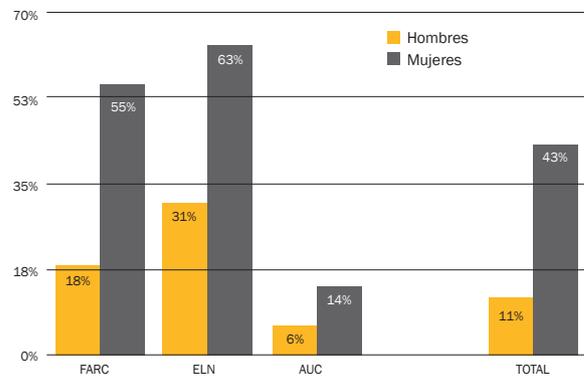


FIGURA 37

PROPORCIÓN DE VÍRGENES
en el momento de ser reclutados - por grupos



Actividad sexual

Los hombres desmovilizados iniciaron su vida sexual casi un año antes que sus compañeras. El 35% de ellos y el 21% de ellas lo hicieron antes de cumplir 14 años (Figura 36).

El 43% de las mujeres y el 11% de los hombres ingresaron vírgenes al grupo armado⁷. Entre quienes se vincula-

⁷ Este porcentaje se basó en tres preguntas. Si la edad de la primera relación sexual era superior a la edad de vinculación al grupo armado, se toma esa persona como virgen al ingresar. Para quienes reportan la misma edad para el inicio de su vida sexual y el ingreso a la organización, se clasificaron como vírgenes quienes, además, reportaron que su vida sexual no era activa antes del reclutamiento.

Los dos grupos guerrilleros reclutan mucho más jóvenes no iniciados sexualmente que los paramilitares, siendo la diferencia más marcada para las mujeres. En el ELN, por ejemplo, el 63% de las mujeres eran vírgenes en el momento de ingresar al grupo. En las FARC el porcentaje es del 55% y en las AUC el 14% (Figura 37 en la página anterior).

Para los hombres se observa una leve asociación negativa entre el ser vírgenes en el momento de la vinculación y el nivel de riqueza de sus familias. En el quintil más bajo 16% no habían iniciado su vida sexual contra un 8% en el nivel más alto. Para las mujeres la relación es menos nítida,

pero de todas maneras es en el quintil más alto donde se observa la menor proporción de vírgenes (Figura 38).

El 5.6% de las mujeres desmovilizadas reportan haber recibido un pago a cambio de relaciones sexuales antes de su vinculación al grupo armado. Para los hombres el porcentaje respectivo es similar, 5.2%. Como proporción de las personas sexualmente activas, la cifra para las mujeres sube al 8.7% y para los hombres al 5.5%. Entre las mujeres, el haber vendido servicios sexuales no muestra ninguna relación con su lugar de origen. En los hombres, por el contrario, se trata de una conducta más urbana (6.6%) que rural (4%).

Para quienes manifiestan haber pagado por tener relaciones sexuales las diferencias por género son muchísimo más marcadas: el 34.4% de los hombres lo hicieron contra menos del 1% de las mujeres. En esta demanda por servicios sexuales no aparecen diferencias entre las personas por su lugar de origen.

Ni para los hombres ni para las mujeres, la venta de sexo aparece sistemáticamente relacionada con el nivel económico de las familias. Para los varones, el haber pagado por servicios sexuales muestra una leve asociación negativa con el indicador de riqueza (Figura 39).

El ELN se diferencia tanto de las FARC como de las AUC en reclutar una menor proporción de personas que hayan tenido que ver con el intercambio de sexo por dinero. Nin-

FIGURA 38 PROPORCIÓN DE VÍRGENES en el momento de ser reclutados - por niveles de riqueza

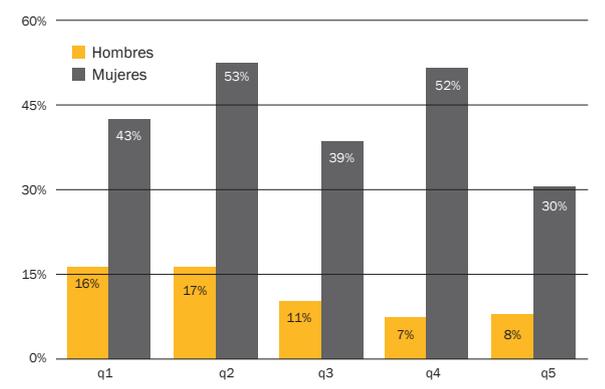


FIGURA 39 SEXO POR DINERO Antes del reclutamiento

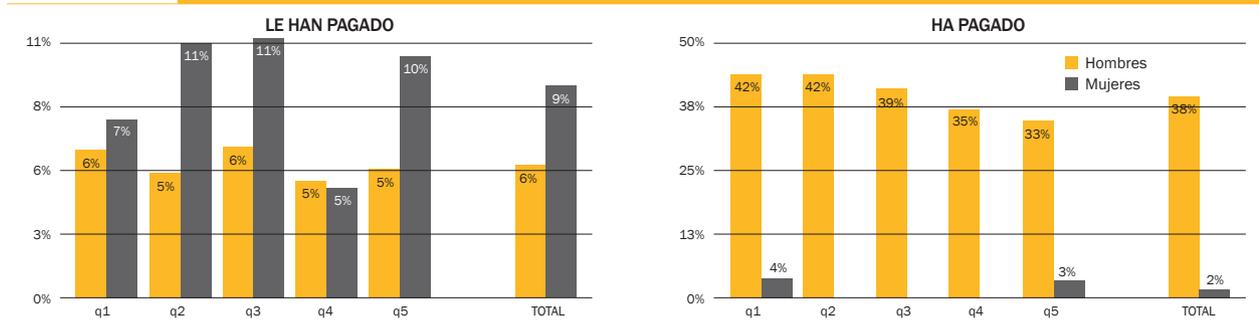


FIGURA 40 SEXO POR DINERO Antes del reclutamiento por grupos. Proporción (%) entre sexualmente iniciados



FIGURA 41

ACTIVIDAD SEXUAL ANTES Y DESPUÉS DE VINCULARSE

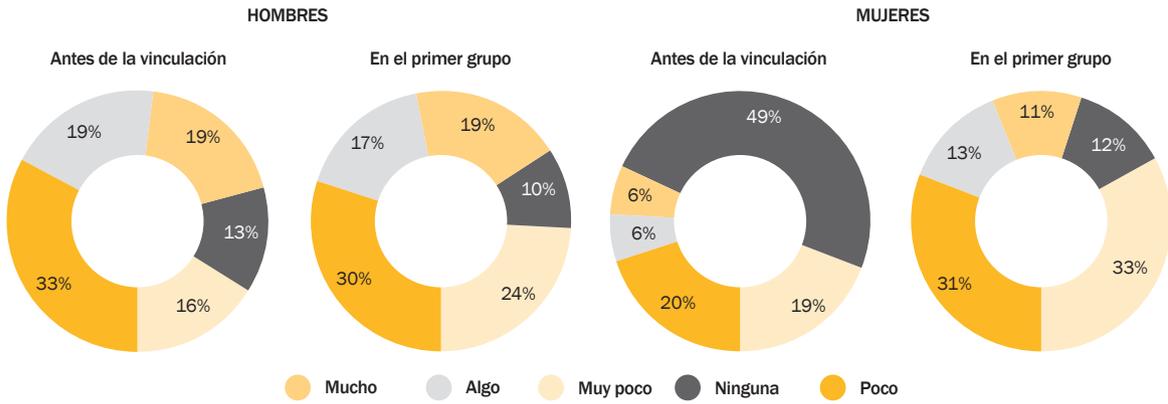


FIGURA 42

CAMBIO EN LA ACTIVIDAD SEXUAL con la vinculación al grupo armado

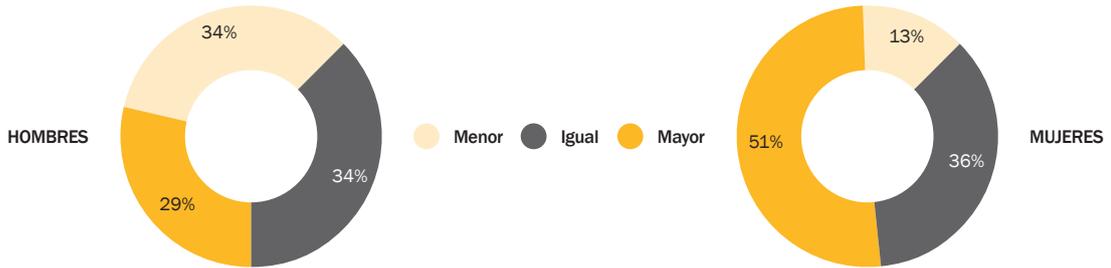
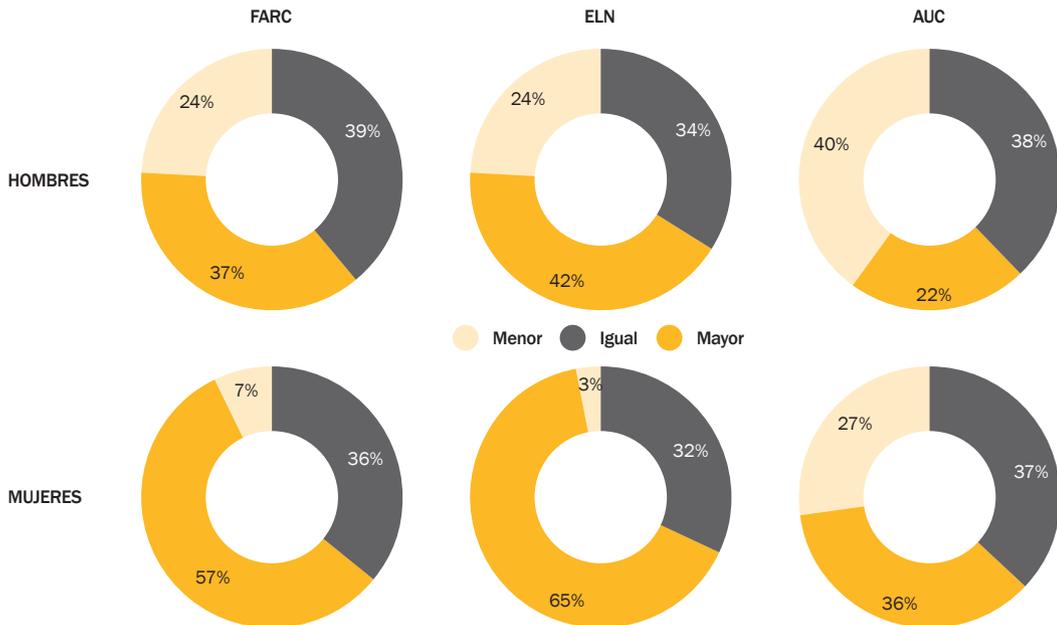


FIGURA 43

CAMBIO EN LA ACTIVIDAD SEXUAL con la vinculación al grupo armado



guna de las mujeres de esta organización reporta haber recibido dinero a cambio de sexo. En las FARC la proporción, entre las sexualmente iniciadas es del 8% y entre los grupos paramilitares del 11%. Incluso para los hombres que pagaron por tener relaciones sexuales antes de su reclutamiento, la fracción en el ELN (23%) es bien inferior a la de las FARC (41%) o a la de las AUC (39%) (Figura 40 en la página anterior).

El 15.2% de las mujeres y el 1.7% de los hombres reportan haber sufrido abuso sexual antes de vincularse a un grupo armado. Para las mujeres se observa que la proporción de quienes declaran algún abuso decrece con el nivel de riqueza y con el nivel educativo de los padres. En los hombres, el reporte no sólo es mucho más bajo sino que no parece asociado con la situación económica de la familia o a la educación.

Cambios en la actividad sexual

En términos generales, la actividad sexual de los hombres no muestra un cambio significativo a raíz de la vinculación al grupo armado. La de las mujeres, por el contrario, sí se incrementa en casi todos los niveles. Por un lado, un porcentaje importante de ellas inician su vida sexual dentro de la organización. Por otra parte, el porcentaje de mujeres que consideran que su vida sexual fue muy activa es casi el doble dentro del grupo armado que antes de su vinculación (Figura 41 en la página anterior).

Mientras que los hombres se reparten más o menos por terceras partes entre quienes, vinculándose a la organización, mantienen la misma actividad sexual, la reducen o la incrementan, la mayoría de las mujeres (51%) reporta una mayor actividad dentro de la organización que antes de ingresar y tan sólo un 13% manifiesta que se redujo (Figura 42 en la página anterior).

Las organizaciones guerrilleras se distinguen de los paramilitares pues son más los desmovilizados que reportan una mayor actividad sexual posterior a su vinculación. Esto es particularmente marcado para las mujeres (Figura 43 en la página anterior).

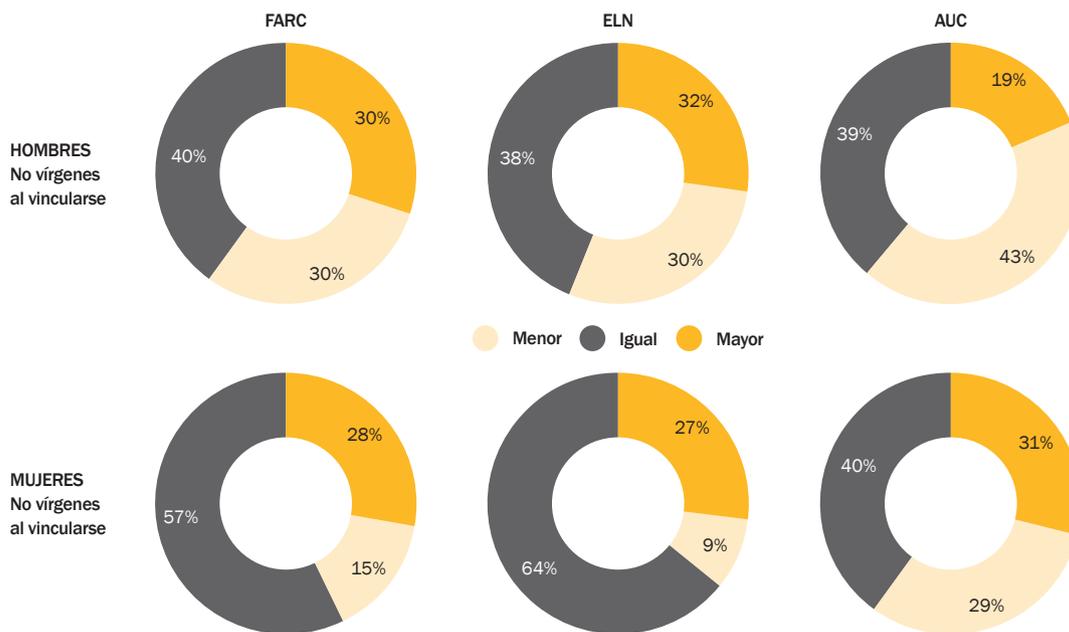
Buena parte de este efecto proviene del hecho que los grupos paramilitares reclutan una menor proporción de mujeres vírgenes. Sin embargo, aun excluyendo a quienes se iniciaron sexualmente dentro de las organizaciones, la diferencia entre la guerrilla y los paramilitares persiste. En la guerrilla, es mayor el porcentaje de varones que anotan que su actividad sexual aumentó, mientras que para las mujeres, es más baja la proporción de quienes consideran tener menos actividad sexual (Figura 44).

Situación laboral y de pareja tras la desmovilización

No se perciben diferencias apreciables por género en cuanto a la posibilidad de reintegrarse al aparato productivo después del conflicto. Un poco más de la tercera parte de los reinsertados, tanto hombres como mujeres, quedan

FIGURA 44

CAMBIO EN LA ACTIVIDAD SEXUAL con la vinculación al grupo armado en personas no vírgenes

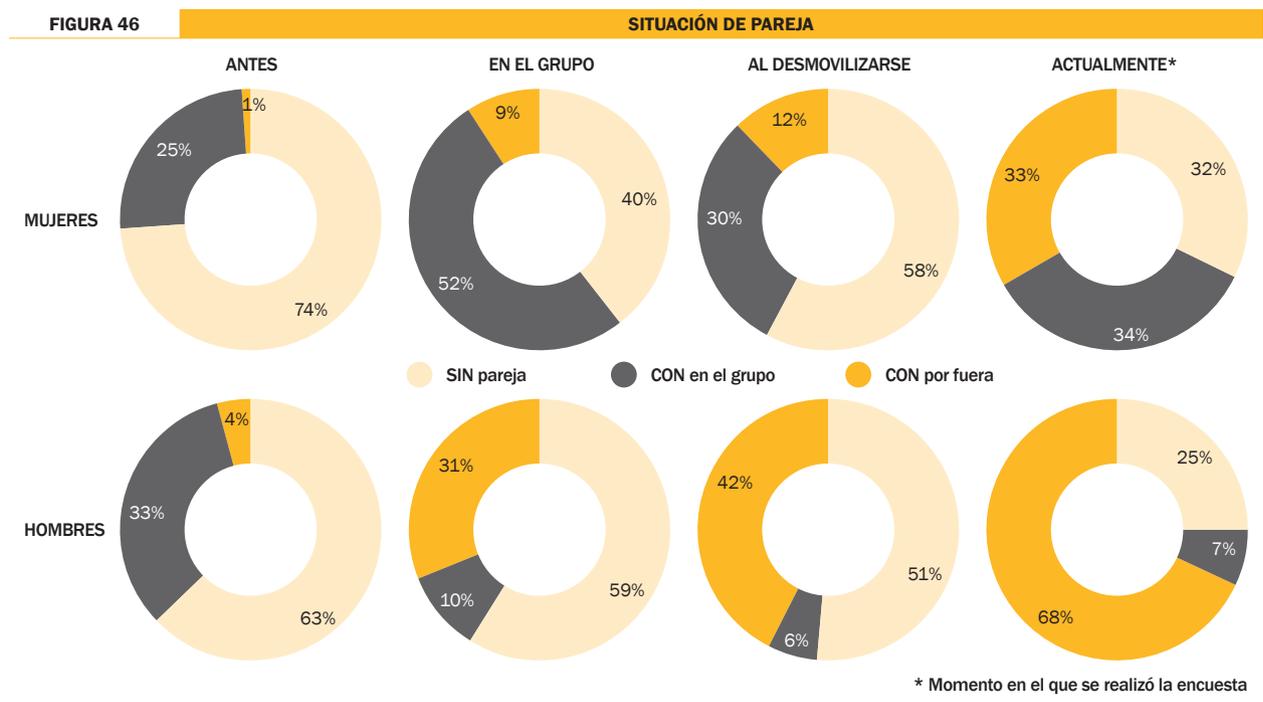
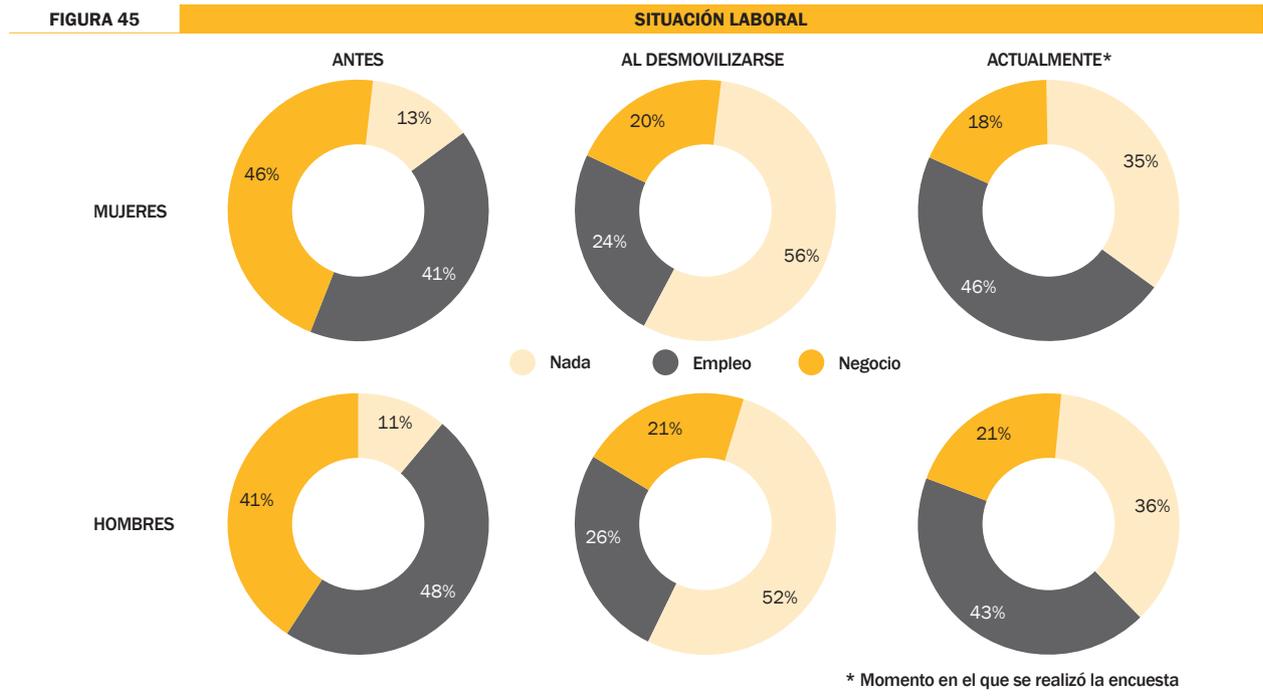


por fuera del circuito económico. Cerca de la mitad (46%) de las mujeres y un porcentaje levemente inferior (43%) de los hombres consiguen un empleo. Alrededor de la quinta parte tanto de mujeres (18%) como de hombres (21%) terminan trabajando en un negocio propio (Figura 45).

Es en el ámbito no económico y en particular en el de la vida de pareja, en donde se hacen palpables y se consolidan

las diferencias que se van observando a lo largo de la vida en el grupo armado. La principal diferencia tiene que ver con la posibilidad que tienen los hombres, mucho más que las mujeres, de tener una pareja por fuera del grupo y por esa vía, forman una familia no directamente vinculada al conflicto.

Dentro del grupo armado, menos de una de cada diez mujeres reporta haber estado emparejada con un civil.



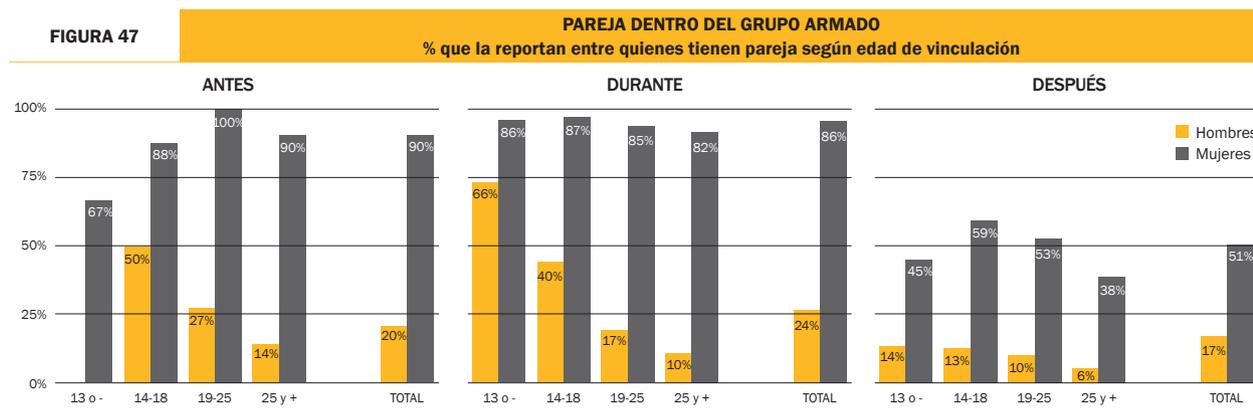
Para los hombres, esa proporción ya se acerca a uno de cada tres. En el momento de la desmovilización la proporción de mujeres ha aumentado de forma muy leve hasta el 12%, mientras que la de los hombres lo ha hecho hasta el 42% (Figura 46 en la página anterior).

Al final, ya reinsertadas, tan sólo una de cada tres mujeres logra emparejarse con alguien por fuera del grupo armado. Para los hombres, tal proporción es más del doble (68%). Otra tercera parte de las mujeres mantienen una relación con alguien que aun combate, situación que reporta tan sólo el 7% de los hombres. En el momento de la encuesta, el último tercio de las mujeres y uno de

cada cuatro hombres señalan no haber conseguido aún una pareja.

El perfil por edades de quienes reportan tener una pareja que también hace parte del grupo armado, muestra cómo se va consolidando esta discrepancia tan marcada entre hombres y mujeres. Desde antes del reclutamiento se perciben dos diferencias sustanciales entre hombres y mujeres con respecto a su vida afectiva. Por un lado ellas, mucho más que ellos, se emparejan con un compañero de lucha. Por otro lado, con la edad, los hombres van dejando de lado las relaciones afectivas al interior del grupo armado, un proceso que no se da entre las mujeres (Figura 47).

FIGURA 47



Anexo 2

Ficha Técnica Encuesta a Desmovilizados FIP

Desde el año 2002, el gobierno implementó un modelo de desarme, desmovilización y reintegración que hasta el 2008 había permitido que más de 45.000 personas hubieran dejado las armas para regresar a la vida civil. En sus inicios, el Programa para la Reintegración a la Vida Civil (PRVC), adscrito al Ministerio del Interior, diferenciaba a quienes voluntariamente habían dejado las armas –los desmovilizados individuales–, de los provenientes de grupos paramilitares en el marco del pacto de Ralito, llamados desmovilizados colectivos. En el año 2006 nació la Alta Consejería para la Reintegración (ACR) que modificó el programa, en particular, homogeneizando los beneficios entre ambas poblaciones.

A pesar del esfuerzo, la información existente sobre estas personas no está completa y por lo tanto no es posible hacer un diagnóstico sobre su condición actual y las posibilidades reales de su reintegración a la vida civil. Por esta razón, la Fundación Ideas para la Paz (FIP) decidió realizar una investigación para analizar el impacto que las políticas han tenido sobre la población.

La FIP consideró necesario cubrir todos los aspectos de la vida del desmovilizado, para luego identificar qué características particulares del individuo repercuten luego en su desempeño económico y social. Los puntos principales en los que la investigación se detiene son: a) condiciones de vida antes del ingreso al grupo, b) el contexto e incentivos para el reclutamiento, c) proceso dentro del grupo armado, d) su decisión y salida de éste, e) su condición actual y, finalmente, los beneficios a los que accedió dentro del programa (capital semilla, capacitación, salud, empleo, etc.).

El proyecto contemplaba encuestar 1.500 desmovilizados a nivel nacional, a partir de una muestra representativa de: a) los desmovilizados que accedieron a proyectos productivos, b) los que accedieron a un empleo y/o c) los que se encuentran desempleados.

La información se recogió en tres cuestionarios: en el primero, de ellos llamado, Cuestionario de Reintegración se establecen las condiciones básicas del individuo (sea desmovilizado individual o colectivo), el segundo es para recolección de información para aquellos que accedieron a proyectos productivos individuales llamado *Formulario de Proyectos Unipersonales*, y el tercero para los que pertenecieron a proyectos productivos colectivos llamado *Formulario de Proyectos Asociativos*.

La recolección de información se llevó a cabo entre el 5 de febrero y el 31 de mayo de 2008.

Para cumplir los objetivos propuestos se utilizó información suministrada directamente por la oficina de la Alta Consejería para la Reinserción. Inicialmente la ACR suministró unos listados de desmovilizados seleccionados aleatoriamente, separados en tres categorías: empleados, desempleados y los que habían recibido apoyo para Proyectos Productivos Individuales. Sobre esta muestra aleatoria se comenzó a trabajar inicialmente en Bogotá, con resultados no muy alentadores.

Ante esta situación, la ACR proporcionó un nuevo listado en el que además se incluía el nombre del tutor asignado por esta entidad a cada uno de los desmovilizados. En una segunda etapa de recolección se acudió a los tutores para verificar los teléfonos que se tenían de los desmovilizados y se empezó a entrevistar a los que estaban en la muestra y que asistían a alguno de los talleres programados por los tutores, o los que estos últimos tenían ubicados. Además se empezó a preguntar a los desmovilizados entrevistados si conocían a otros de los que estaban en la lista y de esta manera se empezaron a referenciar a algunos de ellos.

En esta etapa se comenzó a trabajar simultáneamente en todo el país. Se encontró que sobre todo en los municipios pequeños, la ayuda de los tutores era fundamental ya que a ellos se les facilitaba inclusive citarlos en las oficinas de la ACR municipal, con lo que se simplificaba el operativo de recolección y se lograba una mayor confianza por parte de los informantes. Con esta estrategia se aplicó el formula-

TABLA 1

TAMAÑOS DE MUESTRA DEFINITIVOS PARA DIFERENTES POBLACIONES

	Muestra	Error esperado	Nivel confianza
Total desmovilizados	1485	2,54%	95%
Proyectos Productivos Individuales	197	6,98%	95%
Proyectos Productivos Asociativos	132	8,53%	95%
Desmovilizados hombres	1253	2,77%	95%
Desmovilizados mujeres	232	6,43%	95%
Jóvenes	212	6,73%	95%
Desmovilizados trabajando	791	3,48%	95%
Desmovilizados no trabajando	694	3,72%	95%
Empresas	320	5,48%	95%

rio de reintegración a un poco más de 700 desmovilizados en todo el país (47% del total de la muestra).

Para un universo de 45.000 desmovilizados, con un nivel de confianza del 95%, el error encontrado es de menos del 1% (0.14%), lo que da certeza sobre las bondades de esta muestra.

La situación descrita anteriormente, además del hecho de que la selección de estos desmovilizados fue aleatoria, permite concluir que estadísticamente la muestra recolectada era representativa de la población desmovilizada.

En la tabla 1 se muestran los errores esperados (e), para las diferentes muestras recogidas, teniendo como parámetros un nivel de confianza del 95%.

La tabla muestra que en términos generales todos los tamaños de muestra logrados tienen errores esperados por debajo del 7%, lo que es aceptable en términos estadísticos. Para el total de desmovilizados, de desmovilizados hombres, desmovilizados trabajando y aquellos que no lo están, los errores son menores del 5%.



Textos

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ

Fotografías

Revista Semana

Diseño

David Rendón

ISSN: 1909-4310

Fundación Ideas para la Paz (FIP)
Calle 100 No. 8ª - 37 Torre A. Of. 305. Bogotá
Tel. (57-1) 218 3449
www.ideaspaz.org / e-mail: fip@ideaspaz.org

La Fundación Ideas para la Paz (FIP) es un centro de pensamiento creado en 1999 por un grupo de empresarios colombianos. Su misión es generar conocimiento de manera objetiva y proponer iniciativas que contribuyan a la superación del conflicto armado en Colombia y a la construcción de una paz sostenible, desde el respeto por los derechos humanos, la pluralidad y la preeminencia de lo público. La FIP, con independencia, se ha propuesto como tarea central contribuir de manera eficaz a la comprensión de todos los escenarios que surgen de los conflictos en Colombia, en particular desde sus dimensiones política, social y militar. Como centro de pensamiento mantiene la convicción de que el conflicto colombiano necesariamente concluirá con una negociación o una serie de negociaciones de paz que requerirán la debida preparación y asistencia técnica. Como parte de su razón de ser llama la atención sobre la importancia de preparar al país para escenarios de postconflicto.



FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ

Tel: (57-1) 218 3449

Calle 100 No. 8A-37, Torre A, Oficina 305

www.ideaspaz.org / e-mail: fip@ideaspaz.org